

Año VI, Tomo VI. Madrid, 1.º Noviembre 1903. Núm. 129

La Revista

Blanca.

PUBLICACION QUINCENAL DE

SOCIOLOGIA, CIENCIA Y ARTE

SUMARIO

Crónica científica, Tarrida del Mármol. — Miguel Bakounine y Carlos Marx, Victor Davr. — El castillo maldito (continuación), Federico Urales. — La anarquía y la mística. — Tentativas para hacer desviar el anarquismo. — Tolstol y los Doukobors, C. Malato. — Malos vecinos... (versión castellana), P. de Etruria. — Crónicas de Arte y de Sociología, J. Pérez Jorba. — La ética y la revolución social, Z. H. Walezewski.

MONDAGER
ADMINISTRACION

CINCO ANOS DE PUBLICACION

MADRID

LA REVISTA BLANCA

SOCIOLOGIA, CIENCIA Y ARTE

Año VI-T.º VI-N.º 129

Administración: Cristóbal Bordiu, 1, Madrid

1.º de Noviembre de 1903

CRÓNICA CIENTÍFICA

El globo dirigible de M. Beedle.—La travesta del Atlántico en tres días.—La tuberculosis y la corriente de alta frecuencia.—Cerdos de Indias.—Pobres y ricos en la sociedad privilegiada.

Tenemos en planta un nuevo *air-ship*, que presenta rasgos nuevos y originales en diferentes aspectos.

Su inventor y constructor declara que su globo se funda sobre el principio del «más pesado que el aire», como el *Albatros* en la famosa novela de Julio Verne, *Robur el Conquistador*. No es aún el barco aéreo ideal que puede subir y bajar á voluntad, sin auxilio de un gas más ligero que el aire; pero las dimensiones y las capacidades del globo han sido reducidas considerablemente á consecuencia de la utilización de planos móviles que producen cierta cantidad de fuerza ascensional, insuficiente por sí misma para elevar la máquina, pero que ayuda á la suministrada por el globo.

No pensamos que M. Beedle haya resuelto definitivamente el problema de la navegación aérea; pero su invento forma una especie de lazo de unión entre el globo dirigible de ayer y la máquina de volar de mañana, y desde este punto de vista es interesante su estudio.

En primer lugar, la navecilla no es de bambú, sino de tubos de acero, lo que la da gran solidez sin aumento de peso. Suministra la fuerza motriz un motor de petróleo sistema Blake, que pesa 80 kilos y desarrolla una fuerza de 12 caballos vapor, construído de aluminio, y que lleva un depósito de 20 litros de petróleo, con un propulsor compuesto de dos ramas formadas de tubos de acero cubiertas de tela, y que da 300 revoluciones por minuto.

Lo más importante de este globo es que el timón lo es el propulsor mismo, dispuesto de manera para cambiar de dirección en todos sentidos, y para servir, á consecuencia de un arreglo especial de su eje, de fuerza de elevación, con el cual se propone M. Beedle que gire su máquina en toda su longitud.

Pronto veremos su resultado.

Esperando que el *air-ship* substituya al *paquebot* ordinario para la travesta del Océano, la navegación marítima se defiende contra las amenazas de su futura concurrente, procurando aumentar su velocidad.

Un inventor llamado Flindt, pretende, por medio de un hélice de su invención y una modificación en la quilla, obtener un aumento de 33 por 100 en la velocidad, lo que permitirá atravesar el Atlántico en tres días. Para demostrarlo construye un barco modelo de 22 metros para hacer los ensayos en el mar.

Si M. Flindt logra su objeto, habrá realmente prestado un gran servicio á la navegación, porque la velocidad tiene verdaderamente importancia capitalísima para las Compañías y para el comercio. La mayor velocidad obtenida hasta el día apenas ha excedido de 50 kilómetros por hora en la marina dedicada á la destrucción al servicio de los gobiernos, y en la comercial el *record* de la velocidad corresponde al *paquebot* alemán *Deutschland*, con 36 kilómetros por hora, y para obtener ese resultado tiene máquinas de 35.000 caballos-vapor, y consume 400 toneladas diarias de carbón. Si este barco, transformado según el sistema de Flindt, ganase un día en la travesía, obtendría una economía de muchos miles de francos para la Compañía y para los viajeros.

El sistema consiste en reemplazar la quilla por un fondo en forma de arco, cuyo resultado inmediato es disminuir el balanceo y, por consiguiente, casi suprimir el mareo y colocar el hélice en el centro, en una cavidad practicada al efecto. Las ventajas realizadas por esta combinación son dobles: primeramente la colocación central del hélice hace que la succión que en la colocación á popa retrasa su marcha, disminuye aquí considerablemente, y luego que la acción del hélice se hace más poderosa porque su diámetro y consiguiente energía sobre el agua son mayores.

En todos los hélices empleados hasta el día se desperdicia cierta cantidad de fuerza hacia el centro de las hojas. Un ventilador eléctrico es una especie de hélice que obra sobre el aire exactamente como el de los barcos sobre el agua, y si se coloca la mano hacia el centro de un ventilador, se observa que no existe corriente de aire, la cual sólo se siente hacia los extremos. Fundado en esta observación, M. Flindt trató de fijar las ruedas de su hélice sobre una rueda maciza colocada en un eje horizontal. El ensayo no iba del todo mal; pero la rueda que contenían las ramas del hélice era de un diámetro grande y obraba como freno, neutralizando el beneficio obtenido por el hélice perfeccionado; era, pues, necesario destruir este efecto, y entonces pensó en modificar la quilla para alojar en su lugar el hélice. Dando al fondo del barco la forma arqueada obtenida bajo su centro una corriente de agua igual al de los costados y allí mismo encontraba la cavidad que cubriría la rueda en que se hallan las ramas del hélice.

Cada una de las ramas de los hélices del *Deutschland* tiene 4^m,25 de longitud y el círculo que describe es de 25 metros de circunferencia. En el hélice de Flindt estas dimensiones serían respectivamente 4^m,55 y 27 m. Si el diámetro de los hélices del *Deutschland* se aumentase 30 centímetros, sus 35.000 caballos-vapor serían impotentes para imprimirles las 90 revoluciones por minuto que hacen actualmente. Se supone que apenas alcanzarían 60 revoluciones, y tal aumento no compensaría la pérdida de movimiento.

Si los hélices de Flindt se aplicasen al *Deutschland*, convenientemente modificado, el viaje de Southampton á Nueva York se efectuaría en tres días.

Aceptemos la suposición como un augurio feliz.

* * *

En una crónica precedente hemos hablado de la aplicación de las corrientes eléctricas de alta frecuencia al tratamiento del cáncer. Trátase ahora de aplicarlas á la curación de la tuberculosis, porque se ha observado que unos cerdos de Indias atacados de esa enfermedad, vivían doble los que se sujetaban á ese tratamiento que los abandonados á sí mismos: ocho animales de la misma edad y vitalidad fueron inoculados con el germen tuberculoso; cuatro se dejaron sin tratamiento, y los otros cuatro se sometieron á las corrientes de alta frecuencia. De los primeros uno murió á los diez y seis días; otro, á los diez y siete, otro, á los veintiuno, y el último, á los veintitrés. De los tratados vivieron treinta y siete,

cuarenta y dos y cuarenta y ocho días. Se anuncia que se va á ensayar el tratamiento en ciertos hospitales; es decir, los cerdos de Indias serán reemplazados por pobres, y cuando por la muerte de unos sin tratamiento y la comparación con la muerte de otros tratados por el ensayo se llegue á un resultado beneficioso, se aplicará el método perfeccionado á la curación de ricos, y los pobres y los cerdos de Indias quedarán entregados á su suerte, porque bien sabido es que en esta sociedad civilizada en que vivimos sólo se es socio para los beneficios sociales desde rico para arriba.

Carrida del Mármol.

Miguel Bakounine y Carlos Marx.

III

En 1853, mientras Bakounine estaba desde hacía muchos años prisionero en una fortaleza rusa, fué denunciado cobardemente por Marx. La denuncia anónima decía que el gran revolucionario era un agente de espionaje.

Alejandro Herzen cuenta (1) á este propósito, que en aquella época David Urquhard llenaba las columnas de la prensa inglesa con su estúpida idea fija, de que el gobierno ruso había comprado á todos los hombres políticos más ó menos revolucionarios de la Europa occidental. Este mismo Urquhard fué el que dijo en un mitin en Londres, que si Kossuth no estaba vendido directamente á Rusia, estaba bajo la influencia de un hombre que cobraba del gobierno ruso; ¡este hombre era Massini!

El concurso del delator era precioso para Marx y para Engels, que inmediatamente se dedicaron á llenar las columnas del *Morning Advertiser*, periódico en el cual Urquhard tenía mucha influencia, con sus injurias y sus calumnias contra Bakounine.

Herzen y Golovine exigieron en vano las pruebas de estas acusaciones.

Más tarde, en el comienzo de 1862, cuando Bakounine se había escapado de Siberia y llegaba á Londres, donde inmediatamente se relacionó con Massini, Aurelio Saffi, Luis Blanc, W. J. Sinton, Holyanke, Bradlangh, Félix Pyat, F. Garrido y otros (2), comenzó la misma campaña de difamación en el periódico *Free-Press* de Urquhard, del cual Carlos Marx era asiduo colaborador. El 5 de Marzo de 1862, este periódico publicaba un artículo infame y anónimo sobre Bakounine, que comenzaba con estas palabras: *Another of these agents has again been let loose upon Europe, etc.*

Herzen y Massini defendieron á su amigo; pero como Marx y Urquhard, según su costumbre, se guardaron muy bien de exponer pruebas á sus acusaciones péfidas y anónimas, pues así lo habían hecho en 1848, 1849 y en 1853, Herzen puso fin á la polémica con una declaración titulada *Ultimatum*, que se insertó en el *Kolokol* (3) y que terminaba con estas palabras: «no hay entre los rusos ninguno tan estúpido que pueda creer estas calumnias, ni nadie que sea tan despreciable que las repita». En cuanto á Bakounine, se limitó á decir en un periódico inglés, que si su noble amigo el jefe de los comunistas alemanes quería firmar sus infamias, él le contestaría, no con la pluma en la mano, sino

(1) Nettlan I, 142. A. Herzen. *Sbornik postm.* st. pág. 51-80 (*Los alemanes en la emigración*).

(2) Nettlan, I, 146.

(3) *Kolokol*, número de 5 de Mayo de 1862.

con la mano sin pluma. (1) Marx se guardó tranquilamente la bofetada, como lo hizo con otra que recibió en la misma ocasión de un Comité de obreros revolucionarios ingleses que enviaron un mensaje de «*fraternal simpatía*» a su ilustre amigo el gran revolucionario ruso Miguel Bakounine.» (2)

En el mes de Octubre de 1864, Bakounine, que volvía de Suecia, pasó por Londres, antes de dirigirse a París y a Florencia. Marx trató esta vez de verle y de aproximarsele; ¿qué idea maquiavélica pasó por su mente?... no lo sabemos. Pero Bakounine escribe a este propósito en el manuscrito inédito lo siguiente: (3)

«Hacia el fin de 1863 volvía de Suecia a Londres, y de allí fui por Bélgica, Francia y Suiza hacia Italia. Pasé el invierno y parte del estío en Toscana, y el mes de Agosto de 1864 volví por el mismo camino a Suecia. En Octubre torné a Londres. Entonces fué cuando recibí una carta de Marx, que conservo todavía, en la cual me preguntaba si yo quería recibirle en mi casa «mañana». Le respondí que sí y él vino. Tuvimos una explicación; me juró que jamás había dicho y hecho nada contra mí, antes al contrario, siempre conservó por mí una sincera amistad y una gran estimación. Yo sabía que todo aquello era mentira, pero no le guardaba ningún rencor: además, la renovación de su amistad me interesaba mucho desde otro punto de vista. Sabía que Marx había cooperado en la fundación de la *Internacional* y había leído el manifiesto que escribió en nombre del Consejo general provisional, manifiesto que era muy rotundo, profundo y serio, como todo lo que sale de su pluma, cuando no la dedica a polémicas personales. En fin, al parecer quedamos amigos, pero no le devolví la visita.»

¿Qué hay que pensar del carácter y de la buena fe de Marx, que fué el origen y la fuente de todas las calumnias contra Bakounine, que le hace pasar por espía de Rusia y que, sin embargo, le ofrece su amistad y su estimación?... ¿Se concibe más refinada hipocresía?

Hasta aquí, Bakounine no ha aparecido más que como agente político al servicio del czar. Esta acusación volverá todavía a aparecer, pero en adelante se dirá que es monedero falso, y más tarde Marx asegurará que es un estafador que vive del robo y del *chantage*. Todos los medios son buenos para inutilizar a un adversario tan temible.

El 23 de Mayo de 1867, Bakounine escribía a Herzen:

«A propósito, parece que el gobierno ruso me persigue hasta en Nápoles. Hace pocos días he sabido que el prefecto, el marqués Gualterio, *ese consorte* y pequeño hombre de estado, ha manifestado á Rauzoni la sospecha de que soy el inspirador de todos los movimientos de Sicilia, especialmente los de Palermo y el Sur de Italia, y que yo también fabrico y distribuyo los billetes de Banco falsos que ahora circulan. Creo, y estoy absolutamente convencido, de que esta acusación dimana de Kisseleff, mi antiguo amigo de París, hoy embajador en Florencia. Espero descubrirlo todo y prepararme para esta nueva asechanza.»

El 29 de Mayo escribía a Fanelli:

«Acabo de recibir una carta extraordinaria de Angelo de Gubernatis, que contiene una acusación contra mí más extraordinaria todavía, y que, á pesar de ser ridícula, exige que me ponga en guardia. Usted mismo juzgará, porque he aquí lo que me escribe: Mi buen amigo el profesor Liguano me informa, sabiendo que soy tu primo, de los pasos de Gualterio. Este le preguntó si te conocía, le ha respondido que no; pero que sabe que la

(1) Arnol Ruge, *Correspondance*, 13 Marzo 1862. Nettian, I, 147.

(2) Nettian, I, 149. Esta adhesión fué reproducida en la *Commonopolitan Review*, Febrero 1862.

(3) *Rapporto personali*; etc., ms. p. 9-10. Nettian, I, 72.

familia de Bakounine era familia noble. Gualterio, entonces, le manifestó que el papel moneda falso que corre por Nápoles lo hacías tú, según sus informaciones y suposiciones. Otra persona, un ruso, M. Melgounof, que conoce á Liguano y que probablemente le oyó decir esto, ha extendido el rumor. Desgraciadamente, hace pocos días, se han informado de todas nuestras relaciones. No quiero ocultarte mi indignación. En estos momentos tan penosos para Italia, con tal miseria y con tal falta de dinero, me parece la mayor infamia el venir á asesinar al país con papel moneda falso.»

Al final de su carta, el señor de Gubernatis, pariente mío por parte de su mujer, que es rusa, tiene la bondad de manifestarme su creencia de que yo no soy quien hace la moneda falsa. Vuestra primera idea, querido Fanelli, será, sin duda, aconsejarme que empiece por pedir sentido común á Gubernatis por haberse atrevido á hablarme en esos términos y haber dado fe á una acusación tan ridícula como infame. Pero si usted conociera á mi primo, por su mujer, como yo le conozco, comprendería lo ridículo de dirigirse á él, y que es mejor hacerlo á los hombres serios, como el profesor Liguano y al marqués Gualterio. En cuanto á lo contado por el señor Gubernati, es imposible ponerlo en duda: éste tiene un mezquino cerebro, sin discernimiento ni crítica; está desorientado por la falsa posición que le ha conquistado entre todos los partidos su ardiente entusiasmo. Será impotente, vanidoso é inquieto, pero es un buen muchacho, incapaz de mentir á sabiendas y de desfigurar los hechos. Creo, pues, que las cosas han ocurrido como él las cuenta y que ha oído decir al profesor Liguano lo que dice en su carta.»

Bakounine escribió en seguida á Fanelli (que fué su amigo y que vió muy de cerca su existencia francamente abierta á todos los hombres simpáticos, y por otra parte tan modesta, tan tranquila y tan retirada que él llevó durante dos años en Nápoles, y que al mismo tiempo conoció á la mayoría de sus relaciones y á los que le rodeaban cotidianamente), si podía comprenderse, ni un sólo instante, que un hombre como el prefecto, inteligente y capaz, pudiera con seriedad concebir contra él parecidas sospechas. Seguramente no; y cuenta entonces á su amigo lo que Kisseleff, el comensal de la familia Von Wesphalen, había tramado contra él en París en 1847, y concluye diciendo que éste está en Florencia y que en él hay que buscar la fuente y origen de aquella odiosa maquinación. Además, en la misma época, se leía en la *Gaceta Oficial de Varsovia*: «La existencia en el extranjero de una sociedad de incendiarios y de fabricantes de billetes falsos del crédito ruso, de la cual Herzen y Bakounine forman parte, es un hecho completamente demostrado. El jefe de policía lo ha hecho notar en su humilde mensaje á S. M. el Emperador.»

Y sabemos por Luis Weber, padre, revolucionario respetable que hizo con Engels la campaña de 1848 en el gran ducado de Baden, que Carlos Marx, desesperado de hacer pasar á Bakounine por espía, hizo correr la voz entre los emigrados de Londres, de aquel tiempo, de que Bakounine era monedero falso; bien pudo ayudar Marx á Kisseleff en 1867, como Kisseleff hubo ayudado á Marx en 1847 en París. Naturalmente, una vez la invención de hacerle monedero falso, habiendo sido suficientemente extendida esta voz, ya no era necesaria otra calumnia; los jesuitas conocían la frase de Voltaire:

«Calumniad, calumniad, que siempre queda algo».

En 1886 Bakounine, llevado por su necesidad de acción incesante, se adhirió á la Asociación internacional de Trabajadores, lo cual desagradó á Carlos Marx, quien comenzó inmediatamente contra él, por medio de otras personas, su campaña denigrante de difamación y de calumnia. Segismundo Luis Borkhein, el más venenoso testafarro del autocrata comunista de Londres, escribía en el *Demokratisches Wochenblatt*, de Liebknecht,

periódico que aparecía en Leipzig, unos artículos inmundos sobre los políticos rusos emigrados en la Europa occidental; continuó luego su triste y lamentable tarea en el *Zukunft*, órgano de la democracia prusiana, fundado en Berlín por Juan Jacoby. Persiguió a Bakounine y á Herzen, según frase de un internacionalista del Jura, «con el encarnizamiento de una hiena sobre un cadáver.» Este verdugo marxista, «tratando de ser gracioso, producía nauseas».

Después de haber dicho que le tenían sin cuidado las villanías de ciertas gentes, Bakounine se expresa así en el manuscrito que consagra á relatar sus relaciones con Marx:

«Me es completamente imposible mantener la misma actitud ante las calumnias que ante las gentes de mala reputación; no desde el punto de vista político y de lo que se llama vulgarmente honradez personal, sino ante el socialismo y ante su sinceridad con el mundo obrero; porque esos burgueses que se dicen socialistas, me han calumniado ante la Asociación internacional. Esta gran agrupación constituye, según mi convicción profunda, el mundo del porvenir, y no puedo ser indiferente ante su opinión, como lo soy ante la opinión burguesa. Me basta saber que esa gentuza me calumnia vil y solapadamente en la Sociedad obrera porque yo trato de desenmascararlo, y esta ocasión no tardará en presentarse.

Había sabido un mes antes del Congreso de Basilea y en la víspera del de Eisenach que uno de los jefes del nuevo partido de la democracia social en el Norte de Alemania, y quiero callar su nombre, se había atrevido á decir en una reunión semipolítica de amigos, que yo, evidentemente, soy un agente peligrosísimo del gobierno ruso; que me había escapado de Siberia con la ayuda del gobierno y que él poseía las pruebas de ello; que por la fundación de la Alianza de la democracia social, yo trataba de destruir la Asociación internacional de trabajadores; que yo era, como son todos los rusos, solapado y diplomático y que trataba de engañar al viejo socialista alemán Juan Felipe Becker. Este último, precisamente, partía para el Congreso de Eisenach, y fué el portador de una carta abierta para mi calumniador, rogándole que la leyera en presencia de muchos amigos y, en caso de necesidad, ante el Congreso en pleno.

En esta carta daba á mi nuevo acusador un mes de plazo para reunir las pruebas, advirtiéndole, que si él no probaba sus odiosas acusaciones contra mí en el Congreso de Basilea, donde nos debíamos encontrar los dos, le trataría como á un calumniador.»

La carta de Bakounine existe todavía; se conserva en los Archivos del partido social-democrático alemán en Berlín y, como no es probable que jamás se publique y que dé el nombre de un segundo calumniador—el primer calumniador es conocido desde el Congreso de Bäte—es interesante el publicarla. El Dr. Nettlan da el texto original en alemán (1). He aquí la traducción: Mi querido Becker, nuestro amigo Wertheim díjome y repitió ayer en tu presencia que el socialista alemán y hombre de honor M. Liebknecht, ha dado en calumniarme de la manera más innoble, y ha asegurado, en presencia de Wertheim:

- 1.º Que yo soy un agente ruso y que él posee las pruebas más irrefutables.
- 2.º Que me escapé de Siberia con la ayuda del gobierno ruso, y que, por la fundación de la Alianza, he querido infamemente arruinar la Asociación internacional de trabajadores.
- 3.º Que el viejo Becker se dejó engañar por mí, el ruso, más hábil que él.

Paso en silencio ótras amenidades, por cada una de las cuales merecería ser abofeteado.

(1) Nettlan II, 361.

De otra parte, mi amigo Wertheim, me ha dado á leer una carta de Bebel, en la cual éste da á entender que probablemente soy un agente ruso, y, en connivencia con M. von Schweitzer, un agente de Bismarck, tendría también el derecho de pedir explicación de esas palabras á M. Bebel; un hombre honrado no debe jamás, por simples suposiciones, emitir una acusación infamante contra otro hombre á quien no conoce. Mas como yo tengo el derecho de creer que el verdadero autor de estas calumnias es M. Liebknecht, á quien también desconozco, quiero atenerme hoy solamente á ese último.

«Como amigo y correligionario político te ruego, querido Becker, y como hermano de nuestra Alianza, en la fundación de la cual has tomado una parte tan activa, te pongo en condición de declarar en nombre mío á M. Liebknecht, que le considero bastante serio para saber que, si le place calumniar á un hombre, debe también tener el valor de asumir la responsabilidad de sus calumnias, y que, ante todo, ha de apoyar sus afirmaciones con pruebas irrefutables.

»Le doy un mes de tiempo, y puede bien reunir contra mí todas las pruebas posibles. En el Congreso de Basilea deberá dar públicamente pruebas de mi indignidad, ó se expone á ser tratado por mí, en presencia de todos, de canalla, infame y despreciable calumniador.

»Desearía, querido amigo, que esta carta la leyeras no solamente á MM. Liebknecht y Bebel, sino también á todos los miembros del Congreso, y, á ser posible, en una de las mismas sesiones del Congreso de Eisenach.

»Tu amigo, *M. Bakounine.*»

.....
 «Habiendo llegado á Basilea, para el Congreso, continúa Bakounine, lo encontré allí. Lo que yo debí hacer, me lo indicaba el mismo objeto que yo quería conseguir, que era una explicación decisiva y completa en plena reunión obrera. Debía, pues, abstenerme, al menos en un principio, de toda provocación personal.

Me repugnaba á mí mismo el introducir en el mundo de la democracia obrera costumbres burguesas. En la Internacional, no hay más que un medio de alcanzar reparación y justicia para el honor ofendido, que es el juicio popular.

Igualmente me repugnaba entretener al Congreso en una cuestión personal; por otra parte, la Internacional, á pesar de ser reciente, tenía para estos casos una práctica ya establecida: la de los jurados de honor. Por mi parte, escogí del seno del Congreso á cinco jurados: Federico Robert, delegado de Suiza; Gaspar Sentinon, español, delegado de la Alianza de la democracia socialista y de las secciones obreras de Barcelona; Palix, delegado de Lyon; César de Paepe, delegado de Bruselas, y New Mayr, austriaco, delegado de Viena. De todos estos delegados, el único á quien conocía era á Federico Robert, por haberle encontrado algunas veces en las montañas del Jura; á los demás les conocí la víspera del Congreso en Ginebra ó en Basilea. Mi adversario había escogido, por su parte, á cinco delegados alemanes, entre ellos, al ciudadano Eccarino, secretario del Consejo general de Londres y á los ciudadanos Rittinghausen y Spiero. No recuerdo bien si Mauricio Hess formaba parte de ellos; pero me parece que sí. En cuanto á mi quinto jurado, lo he olvidado completamente. Además, el viejo Juan Felipe Becker, socialista respetado por todos, asistía al juicio como testigo.

Acusé á mi adversario de haberme calumniado y le conminé á que presentara las pruebas de su acusación. Me respondió que se había dado una falsa interpretación á sus palabras; que él no me había acusado nunca y que jamás poseyó ninguna prueba contra mí; que quizás no tuviera más que una y era mi silencio ante los artículos difamantes que

Rosckhein había publicado contra mí en el órgano principal de la democracia prusiana, el *Zukunft*, y que hablando de mí, delante de sus amigos, se había limitado á manifestar la sorpresa que le había causado este silencio; y que me acusaba realmente de haber impedido el establecimiento de la Internacional con la fundación de la Alianza de la democracia socialista. Esta cuestión de la Alianza fué abandonada á petición de Eccarino, miembro del Consejo general, quien observó que la Alianza había sido reconocida como una rama de la Internacional y que su programa, lo mismo que su reglamento, había recibido la sanción unánime de Londres y su delegado formaba parte del Congreso, por lo cual no debía discutirse su legitimidad.

En cuanto á la cuestión principal, declaró por unanimidad el jurado que mi adversario había obrado con una increíble ligereza, acusando á un miembro de la Internacional sin más testimonio que algunos artículos difamantes escritos en un periódico burgués. Esta declaración se me dió por escrito, y yo declaro que mi adversario reconoció noblemente que había sido inducido á error.

En nuestra primera entrevista me tendió su mano, y yo quemé, delante de todos, la declaración del jurado.»

Liebknrecht reconoció que había contribuído á propagar calumnias contra Bakounine y que le debía una reparación, ofreciéndole insertar con este título en el *Volksstaat* un artículo que el revolucionario ruso había publicado en el periódico italiano *Libertad y Justicia*, y que contenía su profesión de fe. Ahora bien: este artículo no apareció jamás; pero en revancha, Liebknrecht insertó en su periódico los artículos enviados desde París por Mauricio Hess, en los que se reproducían las mismas acusaciones declaradas falsas é infames por el tribunal de honor de Basilea.

¿Piensan que si Liebknrecht hubiera sido dueño de su voluntad y de sus sentimientos hubiese obrado con esta deslealtad? Es imposible, contesta á esta pregunta el autor de *Memoria de la Federación Jurasienne*; lo único posible, la verdadera explicación de esta increíble aberración del sentido moral, es que una vez vuelto Liebknrecht á Leipzig, el dictador Marx le mostró su actitud de Basilea y su promesa á Bakounine como una debilidad de carácter (1).

Todavía y hasta la misma víspera del Congreso de La Haya, el periódico de Liebknrecht publicó numerosos artículos, á cual más injuriosos, contra Bakounine; Marx tenía á su servicio para este repugnante trabajo los instrumentos más adictos posibles, Charles Hirsch y Frédéric Engles, entre otros.

Durante los meses de Julio y Agosto de 1872, el periódico inspirado por Marx fué particularmente injurioso; el 30 de Agosto de este año publicó una correspondencia de Brestán (2) que muestra claramente cuán poco se preocupaba de la verdad el círculo que rodeaba al jefe de los Comunistas alemanes.

«Vos termináis vuestro cuarto artículo sobre Bakounine, decía en su correspondencia, en estos términos:» Si M. Bakounine no nos hubiese asegurado que quiere la destrucción de todos los Estados, también el ruso, para edificar la potencia negativa del proletariado, le consideraríamos, después de lo que ya hemos dicho, como el principal *thuriféraire* del czar.» Voy á deciros lo que sé de M. Bakounine. Empecé á tratarle en Breslau en 1848, donde fué admitido en seguida en la sociedad democrática. Y representó, aunque no muy claramente, un importante papel. Yo desconfiaba de él desde su vuelta del Congreso eslavo de Praga, al que asistió, no como demócrata, sino como representante

(1) Neulan, II, 361-363; *Memoirs de la Fed. jur. etc.*, p. 85.

(2) *Volksstaat*, Julio-Septiembre de 1872; R. Meyer. *Emancipations Kampf*, etc., II, 368; Neulan I, 91 app.

del panslavismo. Con este carácter reclamó á la Silecia como parte integrante de un futuro estado panslavista, habiendo, según dicho, pertenecido en otro tiempo la Silesia á un imperio eslavo. ¡*El demócrata* Bismark argumentó de esta manera cuando se trató de Alsacia-Lorena!

La *New Rheinische Zeitung* de esta época, indicó al público que Bakounine no era en el seno del partido revolucionario más que un agente de Rusia. Esta acusación conmovió al partido democrático en Breslau. Se me aconsejó, en mi calidad de corresponsal del periódico, que defendiera á Bakounine, y así lo hice, pues escribí á los redactores que yo conocía personalmente, entre ellos á Guillermo Wolff. He aquí su respuesta: «Mi querido amigo: ¿qué reaccionario te ha inspirado tu carta? *La redacción no publica nada contra los amigos sin estar plenamente convencida de la realidad de sus actos.* Y si tú quieres conocer los documentos y las pruebas, dirígete á Gorge Laud; ella nos las ha proporcionado. Ya ves cómo puedes considerar á Bakounine como un agente de Rusia ó del czar en el seno del partido revolucionario.»

Bakounine sabía esta respuesta; no se justificó, sino que desapareció de la Silesia y volvió á Rusia, y no volvió para tomar parte en las insurrecciones de Mayo en Sajonia.

Si el corresponsal recibió, efectivamente, la carta de Guillermo Wolff, ¿cómo hemos de considerar á este famoso demócrata, al cual Carlos Marx dedicó el primer volumen de su *Capital*? ¿Y qué pensar también de los redactores del *Volkstaat* que, estando al corriente de todo lo que se relacionaba con Bakounine, acogieron en su periódico las calumnias que Carlos Marx inventaba y hacía circular.

IV

Después del Congreso de Basilea, Nicolás Utine, hijo de un rico especulador ruso, fué á establecerse á Ginebra y entró á formar parte del periódico *La Igualdad*, órgano oficial de la Federación romanda de la Internacional. Marx lo hizo inmediatamente el instrumento de su animosidad y de su odio contra Bakounine. Este le había escrito en 1869, recomendándole que buscara y coleccionara todos los documentos posibles que probaran la deshonor de su compatriota. «Yo sé, dice Bakounine, que Utine está muy satisfecho y honrado con esta comisión; que está removiendo el cielo y la tierra para encontrar alguna cosa, y que, á fuerza de fuerzas, han inventado una serie de acusaciones contra mí, en las que no creen ni ellos mismos, pues no se han atrevido á publicar ni una sola.»

En otra carta al mismo corresponsal, Bakounine trata del nuevo auxiliar de Marx; un retrato en el que todos los que han conocido á este triste personaje lo reconocerán perfecta y fielmente retratado:

«Ya os he dicho, que ninguna mentira, ninguna calumnia, ninguna infamia que provenga de Utine, me ha de asombrar. Atormentado por una ambición y por una vanidad únicamente comparables con su nulidad, ha aprendido una serie de palabras pomposas que repite como un loro. Tiene la voz sonora, el gesto patético, pero el corazón absolutamente vacío y el cerebro incapaz de concebir y desenvolver una idea; es un tremendo mentiroso, cobarde y apocado cuando no le guardan las espaldas; pero se le desarrolla una arrogancia fabulosa cuando se siente apoyado por alguien; es versátil y falso y se inclina servilmente delante de todo lo que le parece influyente y fastuoso; halaga al proletariado con sus manifestaciones hipócritas de humildad y de respeto; cambia de ideas como de camisa, según las exigencias del médico y del momento; este miserable no tiene otra fuerza que su falta de pudor, su falta de vergüenza, su talento incontestable para las

intrigas y hasta unos diez mil francos de renta, lo cual le permite hacer un papel principal en el partido reaccionario que hoy domina en la Internacional de Ginebra.»

Hemos de añadir, como último rasgo que acabará de retratarle á este fogoso revolucionario marxista, que fué á implorar el perdón de su soberano y amo, el czar.

Tal fué al hombre á quien Carlos Marx confió la tarea de hacer una requisición sobre el famoso proceso Netschaieff, y sobre la alianza de la democracia socialista de Rusia. Esta requisitoria y los documentos que se reunieron fueron convenientemente falsificados bajo las órdenes de Marx y presentados á la Comisión de investigación nombrada por el Congreso internacional de La Haya. Ni un solo miembro de esta Comisión sabía una palabra de ruso, á pesar de lo cual determinaron excluir á Bakounine de la Asociación Internacional de trabajadores. La mayoría del Congreso, ciegamente sometida á la voluntad de Marx, ratificó el fallo de la Comisión y ordenó que los documentos fueran publicados. Esto es lo que deseaba el implacable enemigo de Bakounine.

Hacia el mes de Agosto de 1873, un año después del Congreso, apareció la escandalosa relación, ó más bien, el libro repugnante titulado *La Alianza de la Democracia Social y la Asociación Internacional de trabajadores*. Este libelo ha servido después á la mayoría de los que han estudiado la vida de Bakounine en Rusia y en el resto de Europa, entre otros á Emilio Laveille, que puede estar satisfecho de haberse remontado sobre Carlos Marx en la propagación de las mentiras y de las calumnias que llenan las 137 páginas de su inmundicia obra. El doctor Nettlan ha probado por la comparación minuciosa de los textos ruso y francés, que la parte más importante de aquella relación, sobre todo la que trata de Netschaief y de Bakounine, y de todos los documentos escritos en este período, están hechas con documentos cortados ó falsificados. *Marx se permitió alterar los textos* añadiendo ó quitando palabras y hasta frases enteras, modificando los tiempos de los verbos, etc., etc., para atribuir á Bakounine cosas que él dijo, pero poniéndolas completamente al contrario; todo para probar, con estos medios infames, indignos de un hombre que se respeta, la mala fe política de su adversario.

El libelo de Marx publicado en francés en Londres y en Amburgo por el editor del *Capital*, ha sido poco leído en Francia; pero la traducción alemana que se hizo á expensas del partido social democrático alemán ha sido reimpressa gran número de veces.

Este infame folleto sirve hoy mismo para combatir las ideas libertarias en Alemania, en la Bélgica flamenca, en Holanda y en los países escandinavos.

No hay necesidad después del doctor Nettlan de refutar las acusaciones contenidas en el triste y miserable escrito de Carlos Marx; sin embargo, es necesario poner en claro la falsedad de la acusación de estafador y de chantagista que la Comisión de La Haya echaba en cara á Bakounine. Esta acusación tiene tan poca veracidad como las otras. La Comisión de investigación se encontraba perpleja para dictaminar sobre tal acusación; Nicolás Joukosky había proporcionado sobre este particular detalles completos y auténticos; pero Carlos Marx, que deseaba deshonorar á su adversario, hizo que la Comisión no los admitiera. Desde que los periódicos publicaron la relación de la Comisión, un grupo de rusos refugiados en Suiza dirigió la siguiente protesta á *La Libertad*, de Bruselas, que era el órgano más autorizado del socialismo internacional en esta época:

Ginebra y Zurich 4 de Octubre de 1872. En esa relación, evidentemente inspirada por el odio y por el deseo de concluir á toda costa con un adversario incómodo, se atreven á lanzar contra nuestro compatriota Miguel Bakounine las acusaciones de estafador y chantagista. La mayoría de ese Congreso se hace cómplice de una gran infamia decretando la expulsión de un hombre, cuya vida entera ha sido consagrada al servicio de la

gran causa del proletariado y que ha expiado este crimen con ocho años de reclusión en distintas fortalezas alemanas y rusas y con cuatro años de destierro en Siberia.

Escapado de Siberia, 1861, ha sido ofendido por la calumnia marxiana, que jamás cesó de difamarle, desde los periódicos demócratas, socialistas ó no socialistas, de Alemania. Se han leído cuentos imbéciles, ridículos y odiosos que, desde hace tres años, aparecen contra él en el *Volstat*. Ahora, á un Congreso internacional de trabajadores, preparado con antelación por Marx mismo, se le ha reservado el triste honor de servir de instrumento á miserables venganzas.

No creemos necesario ni oportuno discutir aquí esos pretendidos hechos en los que se apoya la extraordinaria acusación lanzada contra nuestro compatriota y amigo. *Nosotros conocemos tales hechos; los conocemos hasta en sus menores detalles*, y nos creemos en el deber de restablecer la verdad con todas nuestras fuerzas. Nosotros estamos entristecidos ante la desgraciada situación en que queda otro compatriota nuestro, que no es nuestro amigo, pero al cual las persecuciones de que está siendo víctima por parte del gobierno ruso nos lo hacen sagrado.

Carlos Marx, al que nosotros reconocemos una gran habilidad, en esta ocasión ha calculado mal. Todo corazón honrado, en todos los países, no sentirá, sin duda, más que indignación y asco ante tal intriga grosera y ante tan flagrante violación de los más rudimentarios principios de justicia.

Podemos asegurar á Marx, en cuanto á Rusia se refiere, que todas sus maniobras serán inútiles. Bakounine es muy estimado y muy conocido para que allí se crean las calumnias; todo lo más, donde tendrá favorable acogida, será en la prensa subvencionada por la policía ó en la famosa Internacional rusa, de la cual tanto se alaba Marx y que es completamente desconocida en nuestro país. Nosotros le felicitamos por su escrito.—*Nicolds Agareff; Barthelemy Zaizin; Wladimir Ozeroff; A. Rosa; Woldemar Holstein; Zemphiri Ralli; Alejandro Odsnitz; Waleriano Smirnoff.*

¿Qué hechos motivaron esta acusación por parte de Carlos Marx? He aquí en dos palabras de qué se trataba. Negresal, que había muerto hacía poco en una fortaleza rusa, contrató en nombre de Bakounine, con un editor ruso, la traducción del primer volumen del *Capital*. La cuantía de este trabajo se había estipulado en 900 rublos, que cobró por adelantado cuando Bakounine se trasladó de Ginebra á Socarno. La traducción era muy difícil; no podía traducir más que tres páginas al día, ir aumentando el número hasta llegar á las diez páginas y terminar el trabajo en cuatro meses. La encargada de copiar el manuscrito de Bakounine era madame Joukousky; todos estos detalles se encuentran en las cartas que escribió á Ogaref. El 14 de Junio de 1870 escribió de nuevo á Ogaref, diciéndole que no podía ocuparse de la traducción por él desgraciado negocio de L. (1). En la misma época Netschaieff volvía de Rusia y quería captarse la confianza de Bakounine. Este le dió á entender que sería más conveniente consagrarse á la propaganda revolucionaria en Rusia, y que deseaba encontrar un traductor que por los seiscientos rublos acabara el trabajo. Joukousby deseaba que todo el grupo que rodeaba á Bakounine se dedicara á la traducción y que Bakounine la revisara. Bakounine creyó á Netschaieff, el cual le había asegurado que arreglaría el asunto á gusto de todos, y que no se ocupara más de la traducción. Pero este indigno mixtificador, que más tarde iba á cometer tantas villanías, se limitó á escribir al editor, amenazándole con la muerte si se permitía escribir ni una línea á Bakounine á propósito de la traducción. Esta carta fué

(1) *Nestlan II*, 383, notas 1.936. Hasta ahora no hemos podido encontrar detalles sobre este asunto. L.—*El Capital* lo tradujo H. Lopatin.

enviada á Marx, el cual la presentó en La Haya, dond' Joukousky presentó los detalles circunstanciados de este negocio, al cual Bakounine era completamente extraño. Bakounine había ya traducido la tercera parte de la obra, en pago de los trescientos rublos recibidos, y su impresión había comenzado.

La primera parte de la acusación lanzada contra él por la Comisión de requisición, bajo las órdenes de Marx, era, pues, falsa. La segunda parte no tenía tampoco veracidad, puesto que Netschaeff había escrito la carta sin enterar á Bakounine.

Así, pues, Marx no pudo llegar á conseguir que Bakounine fuera considerado como agente del czar, á pesar de la ayuda que le prestaba la diplomacia rusa; no consiguió tampoco hacerle pasar por monedero falso y quiso presentarle como un estafador que emplea la intimidación y el chantage. Esta tentativa ocbarde é indigna cayó también miserablemente, porque Bakounine conservó hasta su muerte la más viva amistad, la estimación más completa de sus compatriotas y de todos los que en la Europa occidental habían tenido la dicha de ser sus íntimos y de todos los que con él libraron combates de la libertad contra el despotismo.

Victor Dave.

(De *L'Humanité Nouvelle*.)

EL CASTILLO MALDITO

VERDUGO 2.º

(saltando al otro lado de Nogué y deteniendo sus volteos con el pie). Y decía que no podía levantarse, ¡ah tunante!

NOGUÉS

(con voz cavernosa). ¡Miserables, miserables!

VERDUGO 1.º

Empójalo hacia acá que le aplicaré otra vez el hierro. ¡Y poco caliente que se mantiene! (Verdugo 2.º hace dar vueltas por el piso al cuerpo de Nogué hasta los pies del Verdugo 1.º; éste aplica otra vez el hierro con mayor fuerza; de la nalga de Nogué sale humo; la estancia huele á carne quemada).

NOGUÉS

(forcejeando para desprenderse de aquellos verdugos). ¡Basta, basta; declararé cuanto queráis!

VERDUGO 1.º

Alabado sea Dios; sólo pretendemos que digas la verdad (al Verdugo 2.º). Trae papel, pluma y tintero (Verdugo 2.º sale en bus-

ca de lo que se le ha pedido). Por si acaso, yo meto otra vez al fuego esta varita milagrosa (lo hace y vuelve el Verdugo 2.º con recado para escribir que entrega al Verdugo 1.º; éste se acerca á Nogué y le dice) ¿Ves? has de echar una firmita, sólo una firmita aquí (señalando el papel; Nogué hace un esfuerzo para incorporarse, pero no puede; Verdugo 2.º le ayuda, mas como Nogué tiene quemada una nalga ha de apoyarse sólo de un lado sostenido por el verdugo).

NOGUÉS

¿Y qué dice aquí?

VERDUGO 1.º

¿Qué ha de decir? La verdad.

NOGUÉS

¡La verdad, la verdad! (pensativo). ¡Y no hay justicia en la tierra que nos saque de este inferno!

VERDUGO 1.º

No hagas el tonto y firma.

VERDUGO 2.º

Si no firmas te suelto y voy por el hierro otra vez.

NOGUÉS

(*aterrorizado*). ¡No, antes la muerte! (*alarga el brazo para coger la pluma; al Verdugo 1.º*)
¿Qué has puesto aquí?

VERDUGO 1.º

¡Yo, nada!

NOGUÉS

¿Pues quien lo ha escrito?

VERDUGO 2.º

¡Yo qué sé!

NOGUÉS

Pero sabes lo que dice.

VERDUGO 1.º

Que tú pusiste la bomba y echaste á correr.

NOGUÉS

(*amargamente*). ¡Pero si esto no es verdad!

VERDUGO 1.º

¿Quieres empezar de nuevo? Acerca el hierro; esta vez se lo aplicaremos á la barriga. (*Verdugo 2.º hace lo que se le indica y el Verdugo 1.º toma el hierro candente de manos de aquél*).

NOGUÉS

(*con frenesí, como deseando la muerte*). Dame, dame la pluma y el papel (*los verdugos se apresuran á dárselo; Nogués vacila aún; Verdugo 1.º le arrima el hierro candente á la cara, pero sin quemársela, y Nogués firma al fin; los verdugos se apoderan del papel rápidamente y desaparecen; Nogués cae al suelo diciendo con voz apagada*): Agua, agua.

ESCENA VIII

Aschery, Nogués, Molas y Verdugo 3.º y 4.º que habrán entrado en el calabozo de Molas mientras Nogués firmaba.

VERDUGO 3.º

(*después de inspeccionar á Molas y creyéndolo desfallecido*). La verdad es que no me gusta lo que estamos haciendo.

VERDUGO 4.º

No haber aceptado.

VERDUGO 3.º

Es que no creí que fuese tan grave la cosa; el castigo que se nos podría imponer si se descubriera, es lo de menos; con decir que

obedecíamos órdenes superiores, estaba terminado. Lo que no puedo sufrir... (*señalando á Molas*). Ahí tienes á éste: primero cinco días sin parar de trotar, sin beber y sin comer, ó comiendo bacalao seco que es peor, porque no hay agua; luego paliza perpetua; después las astillas en las uñas; más tarde el torniquete, y luego otra vez astillas.

VERDUGO 4.º

Y éste es el que ha sufrido menos... hasta ahora, porque la cosa se pone fea para él. (*Los verdugos 3.º y 4.º continúan hablando; escena muda, mientras aparecen en el calabozo uno, Portas, Botas y los verdugos 1.º y 2.º*)

ESCENA IX

Los mismos, Botas, Verdugos 1.º y 2.º y Portas que queda en la puerta.

BOTAS

(*á Nogués*). Ahora resulta que tú no arrojaste la bomba.

NOGUÉS

Ya os lo decía yo. ¡Dadme agua!

PORTAS

Dadle agua y cuanto pida, que Nogués es buen muchacho. (*Verdugo 1.º sale y vuelve con un vaso de agua*.)

BOTAS

¿Sabes quién fué el que arrojó la bomba?

NOGUÉS

No. (*En este momento vuelve el Verdugo 2.º con el vaso de agua y Nogués al ver el agua se estremece de gozo; hace ademán de abalanzarse sobre el que lo lleva para arrebatárselo; el vaso, que toma y bebe con ansiedad; después dice*): ¡Dadme más, más; un botijol

PORTAS

Basta, basta; arreglemos eso entretanto y después comerás y beberás cuanto te plazca.

NOGUÉS

¿No tenéis ya al autor?

BOTAS

Sí.

NOGUÉS

¿Pues qué queréis de mí ahora?

BOTAS

¿Sabes quién fué el que arrojó la bomba?

NOGUÉS

Ya he dicho que no.

BOTAS

Pues nosotros sí: fué Aschery.

NOGUÉS

Bueno; pues en este caso decretareis mi libertad.

PORTAS

¡Ya lo creo! Pero antes has de firmar el papel que Botas lleva en la mano.

NOGUÉS

¿Otra firma?

BOTAS

Sí. Hemos sabido que tú no fuiste el que arrojó la bomba; pero sí el que la cargó junto con Molas el domingo anterior al de la explosión.

NOGUÉS

Mentira.

PORTAS

(*al verdugo 2.º*). Trae más leña.

NOGUÉS

(*horrorizado*). ¡Otra vez el hierro!

BOTAS

¡Claro! Como no quieres decir la verdad

NOGUÉS

¡Pero si la digo!

PORTAS

El que la dice es Molas.

NOGUÉS

¿Y qué dice Molas?

BOTAS

Que tú y él cargasteis la bomba que os entregó Pons y que disteis á Aschery después.

NOGUÉS

Molas es un embustero, y he de decirselo delante de ustedes en cuanto salgamos de aquí.

BOTAS

Bien, bien, todo se arreglará; pero ahora lo que interesa es que firmes este papel.

PORTAS

Y si no lo firma, hierro al canto; calentadlo por si acaso (*el verdugo 2.º pone otra vez el hierro al fuego*).

NOGUÉS

¡Qué os he hecho yo para que me atormentéis de esta manera!

BOTAS

¿A ti qué te cuesta obedecer?

PORTAS

Ni una palabra más. ¿Está candente?

NOGUÉS

(*con rabia*). Dadme el papel; firmaré.

BOTAS

Claro, hombre, todos han firmado.

NOGUÉS

(*firma y dice débilmente*). Inquisidores. (*Cae al suelo otra vez*).

PORTAS

(*con satisfacción*). Vamos al otro ahora.

(*Salen todos y aparecen en el calabozo de la derecha, donde está Molas y los verdugos 3.º y 4.º*).

BOTAS

¿Y este qué hace?

VERDUGO 3.º

Descansa de la paliza fenomenal que se le ha dado y de eso (*señalando la planta de los pies y las cañas de las uñas*).

PORTAS

(*desde la puerta*). ¿Han hecho efecto las cañitas?

(*Molas se vuelve para mirar á Portas*).

VERDUGO 4.º

¡Ya lo creo!

MOLAS

(*levantando la cabeza y dirigiéndose á Portas fatigosamente*). Oye, tú, ¿conociste á Codina?

PORTAS

¿Codina? ¿Quién fué Codina?

MOLAS

Uno que tú y esa hiena de juez hiciste asesinar como cómplice de Pallás, después de haberlo martirizado horriblemente en concepto de autor de la bomba del Liceo.

BOTAS

(*á los verdugos 3.º y 4.º*) Que se levante.

PORTAS

Y que trote corriendo; vosotros detrás de él dándole palos.

VERDUGO 3.^o

No puede trotar; la planta de sus pies es una llaga viva.

PORTAS

Pues ha de trotar aunque no tuviera pies.

(Dos verdugos levantan a Molas, que no se puede sostener de pie; se inclina de un lado para otro tambaleándose. Nogués y Aschery exclaman ¡ayes! lastimeros; de lejos, figurando que en otros calabozos padecen tormento más presuros, se oyen gritos y ruido y golpes; de repente Molas indica por señas á los verdugos que le

sostienen que le dejen y se abalanza sobre Portas, quien no puede evitar que con los puños atados Molas le de un golpe en la cara; se produce un momento de sorpresa general y Portas se lleva el pañuelo á la nariz, de la que mana sangre; Molas, no pudiendo sostenerse de pie, cae desplomado al suelo y baja el telón rápidamente mientras los verdugos cogen los vergajos para azotar á Molas, y de los demás calabozos se oyen gritos, gemidos y golpes.

FIN DEL ACTO CUARTO

La anarquía y la locura mística.—Tentativas para hacer desviar el anarquismo.—Tolstoi y los Doukobors.

No sin algún sentimiento, lo confieso, he leído en el penúltimo número de LA REVISTA BLANCA un artículo firmado por E. Armand, quien, reclamando para los cristianos que se llaman «libertarios» el derecho al sol del comunismo anarquista, continúa en España una polémica, no de ideas, sino de personas, comenzada en un tono mucho más vivo, en Francia, en *El Enemigo del Pueblo*.

No sin sentimiento, digo, porque para contestar al Sr. E. Armand, que me acusa de entregarme á una tarea poco noble (que yo estimo eminentemente útil) al criticar á Tolstoi y á los Doukobors, me veré obligado á responder algunas verdades desagradables á ese señor, lo que se sale un poco del tono pacífico de LA REVISTA BLANCA. Esto es tal vez enojoso; pero no puedo dejar á un individuo que se ha permitido en Francia tratarme de Basilio (1) y compararme con Torquemada (sin duda en recuerdo de la campaña para las víctimas de Montjuich y de la Mano Negra), esforzarse en alterar mis buenas relaciones con mis compañeros de España, que es lo que pretendía al anunciar en el primero de su estudio (*se continuará*) que dará algunas explicaciones sobre «mi psicología». Para los que saben lo que es y lo que hace en París, en medio de los anarquistas, entre los que ha podido infiltrarse el Sr. Armand, eso significa que se esforzará en *reeditar* sus insinuaciones de *El Enemigo del Pueblo*, creyendo, sin duda, que yo no leo los periódicos españoles. Así, pues, mis amigos de LA REVISTA BLANCA no extrañarán que eleve un poco la voz al replicar. Una vez que el Sr. E. Armand vuelva á su sitio, diré—lo que no será largo ni difícil—, por qué critico y continuaré criticando á Tolstoi y á los Doukobors.

El Sr. E. Armand, que me acusa de ser francmasón (es cierto) y miembro de la Asociación de librepensadores (soy, en efecto, librepensador como anarquista), es un señor que, militante del Ejército de Salvación, ha demostrado aptitudes especiales para guiar á la anarquía en una orientación nueva. Habiendo, por otra parte, abandonado á su mujer y tres hijos, no podía por menos de venir á nuestros grupos á predicar la moral cris-

(1) Es decir, calumniador y jesuita.

tiana, la regeneración espiritual y el advenimiento del reino de Dios. Henos aquí un poco lejos de la revolución social: ¿qué os parece?

El Sr. E. Armand se introdujo, hace aproximadamente un año, entre los anarquistas, siempre confiados, bajo la cubierta de una publicación, la *Era Nueva*, que predicaba en un lenguaje místico la fraternidad, el comunismo, el antialcoholismo, la guerra á la guerra, al lujo, á las religiones; todo ello esmaltado con citas bíblicas. Jesús era presentado como el supremo modelo, sin que se pudiera ver claramente si se le atribuía un carácter divino ó simplemente humano.

Esta mezcla religioso-humanitaria no respondía en modo alguno al temperamento de los anarquistas, los cuales deben, ante todo, bajo pena de suicidio, continuar siendo un partido de lucha. Si en lugar de vivir en la vida presente con todas nuestras aspiraciones hacia el porvenir, experimentásemos la necesidad de ir á buscar modelos en un pasado que no conocía ni nuestras necesidades, ni nuestras tendencias, ni nuestra mentalidad, podríamos mucho mejor elegir á Espartaco, el admirable rebelde, que al resignado de parábolas infantiles, que decía: «Si hay que creer al dudoso libro, el Evangelio, vuelve el acero á la vaina...» «Pon la mejilla izquierda cuando te hayan abofeteado en la derecha.»

Sin embargo, los anarquistas pudieran creer que con su contacto el Sr. E. Armand se despojaría de su cristolatrismo. Ignoraban que había ido á ellos pasando por el Ejército de Salvación y no se creían con derecho para dudar de su sinceridad.

Mientras tanto, el redactor de la *Era Nueva* tomaba tierra en un nuevo medio. Con una actividad incansable hacía relaciones, enviaba cartas á los de París, de provincias y del extranjero: «Queridos compañeros»—escribía—. Naturalmente, le respondían «querido compañero», y las cartas de militantes conocidos, que conserva cuidadosamente y presenta cuando la ocasión se ofrece, le abrían todas las puertas.

Esto podía ser, por su parte, un deseo ardiente y leal de proselitismo. Como ninguno de nosotros tiene la pretensión de monopolizar el movimiento anarquista, se le dejó amistosamente ejercer su propaganda, que fué muy hábil. Cuando se abrió los ojos, se dió uno cuenta de que aquel señor, al que se había acogido un poco á la ligera, sin conocerle, estaba pura y sencillamente en camino de sofocar á la anarquía revolucionaria y positiva para reemplazarla por una anarquía religiosa.

En todo tiempo los partidos revolucionarios han tenido que combatir la acción insidiosa de los hombres de religión. En los comienzos de la revolución de 1789, los curas fueron los primeros en fraternizar con los reformadores del Tercer Estado: olfateaban la tempestad. Pero no habiendo podido encauzar el desbordamiento, desencadenaron tres años después la contrarrevolución vendeana. En 1848 hubo el mismo juego; aprovechándose del sentimentalismo y del misticismo de la época, los curas se dijeron republicanos, socialistas, hablaron con unción, como lo hace hoy el Sr. E. Armand, de Jesucristo, amigo del pueblo y carpintero; bendijeron á los ejércitos de la libertad. Vuelto así á la vida pública, hicieron al año siguiente estrangular á la república romana, y tres años después cantaban un *Te Desm* al asesino Bonaparte, cuyo advenimiento habían preparado.

Del mismo modo, bajo la tercera república, los buenos cristianos han reanudado su táctica. El conde Alberto de Mein, que fusiló á los comunistas, ha creado círculos de obreros católicos. Curas, como el abate Garnier, fundador de sindicatos mixtos, trata de deslizarse entre nosotros al amparo de conferencias contradictorias. Drumont, el agente de los jesuitas, ha hecho todo lo posible al principio para conciliarse con los anarquistas y unirles insensiblemente al movimiento antisemita y cesariano.

Yo he tenido el honor y el gozo de combatir á esos adversarios enmascarados y de haber sido, lo digo sin vanidad, pero con gusto, de haber sido el primer revolucionario en desenmascarar á Drumont en la época en que socialistas como Benoît Malou y algunos anarquistas se ilusionaban todavía con él.

No quiero pretender que el Sr. E. Armand sea un adversario de la misma calaña, ni que proceda del mismo medio. Protestante y salvacionista, contaminado de tolstoísmo, no tiene la actitud, algunas veces francamente brutal, de nuestros deístas católicos. Su acción, sin embargo, no es menos funesta.

En el transcurso del asunto Dreyfus los protestantes se dieron cuenta de lo que desde hacía mucho tiempo habían adivinado los católicos; es decir, que los anarquistas constituían una fuerza. Ahora bien: si los católicos quieren derribar el régimen de democracia burguesa para intentar un regreso hacia el pasado, los protestantes, numerosos en las filas de la democracia burguesa, quieren mantener un orden de cosas que les beneficia.

Para llegar á sus fines, tanto los unos como los otros, quieren poner mano en el anarquismo, desviando su propaganda.

Para esto se sirven de todos los medios, impulsan adelante á iluminados y sostienen publicaciones como la *Era Nueva*, mezclando artículos anarquistas, reclamos para la Biblia, citas de los profetas, exhortaciones á la resistencia pasiva. Al mismo tiempo se esfuerzan con un maquiavelismo sostenido en hacer olvidar á los anarquistas la acción revolucionaria para impulsarles á «experiencias comunistas», hechas con la benévola tolerancia de las autoridades que ven en ello un derivativo.

Los mejores militantes de la anarquía revolucionaria se han dado cuenta al fin del peligro que su tolerancia escrupulosa ha creado, y yo en varias ocasiones he dado la voz de alarma.

Lo hice sin nombrar al Sr. E. Armand ni ocuparme de su vida privada. Pero puesto que ese señor ha contestado en *El Enemigo del Pueblo* cien insultos personales, y que dulzarronamente todavía, tanteando el terreno, trata de destruir mis buenas relaciones con mis amigos españoles, debo, no siendo mi virtud la resignación cristiana, replicarle en LA REVISTA BLANCA desde el primer ataque.

Añadiré esto:

Soy (numerosos anarquistas españoles y franceses lo son igualmente), francmasón, porque las logias del Gran Oriente han suprimido el gran arquitecto del universo, las pruebas físicas, el aparato por demasiado simbolista y rancio y porque el francmasón, autónomo en su logia, como la logia lo es de la federación, no tiene que recibir consigna de nadie. Se puede, pues, ser masón con toda dignidad.

Soy miembro de la Asociación de Librepensadores de Francia, y no me avergüenzo de ello, por estimar que el librepensamiento es uno de los pocos terrenos en los que pueden coligarse republicanos, socialistas y anarquistas. ¿Es que un anarquista no entra en las agrupaciones obreras ó artísticas aunque encuentre en ellas asociados no anarquistas?

Pasemos ahora á Tolstói y á los Doukhobors.

El autor de *Resurrección*, tan justamente calificado de «quinto evangelista», ha escrito:

«El único medio de estar bien seguro de que la acción que se comete es la verdadera y la buena, es cometerla no mirando á los resultados que puede producir, sino solamente por obediencia á la voluntad de Aquel que nos ha enviado á este mundo. Yo puedo conocer siempre indubitablemente lo que esa voluntad exige de mí sin conocer los resultados á que conducirán mis acciones.» (Cartas de Tolstói, publicadas por *La Plume*.)

«Que el que no pueda alcanzar la castidad completa hace bien, *the never best*, como dicen los ingleses, en casarse con la firme resolución de no abandonar á su mujer hasta la muerte. (¿Qué piensa de esto el Sr. E. Armand?) Cuidad únicamente de no dejaros arrastrar por el lado carnal del matrimonio.» (*Ibidem*).

«La misión del hombre es servir á Dios por el engrandecimiento del amor en sí mismo. *Cuantas menos necesidades tenga el hombre, más fácilmente servirá á Dios y á los hombres, y, por consiguiente, poseerá el verdadero bien.*» (*Palabras de un hombre libre*, por Tolstoi, pág. 237).

«El ideal del cristiano es el amor de Dios y de su prójimo, es la *renuncia* de sí mismo para el servicio de Dios y del prójimo. Y el amor sexual, el matrimonio, es el servicio de sí mismo, y por esto en todos los casos es un obstáculo para el servicio de Dios y de los hombres, y, por consiguiente, desde el punto de vista cristiano, es la caída, el pecado.» (*La cuestión sexual*, por Tolstoi, pág. 29.)

«El hombre, sea casado ó célibe, debe siempre y en todas las circunstancias ser lo más casto posible, como lo expresó Cristo y después Pablo. Si puede ser continente *hasta el punto de no conocer mujer*, entonces *es lo mejor que puede hacer*; y si no puede absterse, debe lo más raramente posible abandonarse á esa debilidad y no considerar la unión sexual como un goce.» (*Ibid*, pág. 43).

«Preguntáis: ¿qué medio hay para luchar contra la pasión? Entre el número de los medios pe juenos, como el trabajo, el ayuno, el más eficaz es la *pobreza*, la carencia de dinero, la apariencia exterior de la miseria, una situación por la cual es evidente que no se puede ser atractivo para ninguna mujer.» (*Ibid*; pág. 56).

«Hay que *castrar* el corazón; entonces la castración física no será necesaria.» (*Ibid*; pág. 61).

Podría multiplicar los extractos. Basta con estos, me parece, para haber, sin invectivas, limitándome á citar al mismo Tolstoi, demostrado que el escritor calificado por el Sr. E. Armand de «gran pensador ruso» no tiene nada de común con los anarquistas, afortunadamente para ellos. Estos no quieren castrar su corazón ni lo demás; no quieren servir al dios en el que cree Tolstoi, ni restringir su vida, sino, al contrario, ensancharla.

En cuanto á los Doukhobors, si su resistencia al servicio militar y al pago de los impuestos es altamente laudable, se puede lamentar que hayan buscado la razón de su acto en ciertos pasajes de las Escrituras más bien que en su conciencia de hombres. Se puede lamentar su concepción de resistencia pasiva que les hace condenar las tentativas heroicas de los revolucionarios y refugiarse en el destierro y en el comunismo místico, abandonando el mundo real y la vida al autocratismo triunfante. Y no se puede experimentar sino la compasión que se concede á los locos al ver á esos iluminados, en las comunidades que han fundado en América, entregarse á las excentricidades religiosas, renunciar á los instrumentos de hierro, á los objetos fabricados con huesos, dar libertad á sus bestias de carga y engancharse en su lugar á los arados y vehículos, venerar entre ellos á locos que se proclaman la reencarnación de San Juan Bautista, é ir á peregrinar con los pies desnudos hombres, mujeres y niños, al encuentro de Nuestro Señor Jesucristo (¡estilo ortodoxo!).

No, ciertamente; nuestro comunismo libertario, realizable en todo ó en parte al día siguiente de una revolución social, ante todo económica, no tiene analogía alguna con ese comunismo de dementes. Los anarquistas, que se inspiran en todos los progresos realizados en la evolución científica continua, y que quieren la plena satisfacción de las nece-

sidades del espíritu, del corazón y del cuerpo, no tienen nada de común con el místico Tolstói y con los desgraciados enajenados que son los Doukhobors.

Y porque considero esa locura religiosa como un derivativo eminentemente nefasto para las tendencias, si no de los revolucionarios conscientes, por lo menos de los que podrían llegar a ser revolucionarios, es por lo que he combatido y combatiré sin cesar, desmascarando a los individuos que conscientemente tratan de sofisticar y esterilizar la anarquía. Queremos nosotros destruir todas las religiones y no reedificar un neocristianismo.

C. Malato.

MALOS VECINOS...

V

San Juirs es un pueblecito del cantón de Santa Herminia. Asentado sobre el flanco de una sierra, domina un fresco valle de praderas sembradas de pueblecitos, regados por un riachuelo que no tiene todavía nombre en la historia. Una pequeña iglesia de estilo romano, con un raquítico campanario que apenas hiende la capa atmosférica, ni sobresale de los olmos y los nogales de sus cercanías. Los restos de un antiguo castillo, descendido del elevado rango de fortaleza al humilde de habitación rústica, recuerdan que en ese lugar ha podido suceder algo notable. Pero los hombres lo han olvidado y tampoco desean aprenderlo, viviendo en la más absoluta ignorancia de cuanto ha pasado entre ellos. Su pueblo les parece igual a los demás pueblos; su iglesia, sus casas, sus campos, sus bestias, como las demás iglesias, las demás casas, las demás bestias, los demás campos. Además, sólo tienen ideas vagas de otros países sobre la tierra. Los diarios les explican de pueblos desconocidos y de aventuras extrañas, todo lo cual les parece que son cosas de otro mundo. ¿Qué les importa de todo ello, toda vez que no la tienen que ver con lo de lejos y tampoco les ha de tocar participación alguna! El pasado no tiene interés alguno para ellos, y el futuro les es indiferente, de tal modo, que no interrumpirá la paz de sus ensueños. El presente, esto es, la cosecha, el ganado, el tiempo que hace, etcétera, es cuanto les interesa. Para las cosas del cielo, hay el cura; para las terrestres, el alcalde, el notario, el cobrador de contribuciones, el maestro: una simplificación de la vida.

Los comerciantes y los viajeros proveen a los espíritus curiosos de las cosas que suceden en otras partes; pero ningún habitante de esa aldea ha tenido nunca la ridícula idea de buscar en su propia localidad los indicios de algún acontecimiento digno de ser contado.

El amor mismo se desarrolla allí sin que en ningún caso se transforme en drama, por la placentera tranquilidad de los campos que prevén los excesos de imaginación, reduciendo a las proporciones de un hecho cualquiera la natural conjunción de los dos sexos. Pero allí se disputa a Saint Juirs, como en todas partes, sobre el derecho de propiedad, puesto que lo *tuyo* y lo *mío*, fundamento del *orden social* son, en último resultado, una causa fundamental de trastorno entre los humanos. Un delito de pastoreo, el uso de un pozo, de un camino de explotación, la rama de un árbol que traspasa la línea divisoria de la propiedad, una línea formada por el arado en el terreno del vecino, acarrear pro-

cesos, querellas, disensiones de familia, los cuales no son menos importantes, dentro del reducido círculo de la población de referencia, que en la Edad Media lo fueron en Verona las famosas discusiones de los Capuletos y Montescos. Los siglos pasan y los hombres de antes y los de hoy se confunden por sus manifestaciones permanentes de violencia, aunque a las mismas le falte el pretexto de algún interés puesto en juego, como en el caso de aquel viajero que llegó a Benvolio y tiró de la espada para matar á un burgués de Verona, que se había permitido, al pasar por la calle, interrumpir el sueño de un perro suyo dormido al sol.

El pacífico habitante de Saint Juirs es ajeno á tales fantasías. Esto, no obstante, una inscripción latina en el dintel de una puerta, en la plaza de la iglesia, atestigua que en los tiempos que pasaron, un erudito del lugar se hizo eco de las querellas del vecindario, hasta el punto de querer dejar memoria de ellas á las generaciones del porvenir. Por una simple puerta que da acceso á un jardín protegido por altas murallas y detrás de los bosquecillos formados por las plantas de boj, se divisa una casa achatada, que parece construída en el siglo antepasado y que en nada se distingue de sus congéneres. Una criada vieja y sorda, cargada de lino, una mujer apoyada de codos á una ventana. La puerta se cierra por sí sola. Después nada más.

La vista se posa maquinalmente en la piedra partida en dos, en la cual se lee, profundamente entallado, este epígrafe:

Malus vicinus est grande malum,

Muy á menudo he pasado por allí, reconociendo mentalmente que, en efecto, un mal vecino es un mal muy grande, y me he preguntado, además, de cuáles luchas épicas esta exclamación era testimonio. ¿Era tal vez la venganza de un impotente, la amable ironía de un filósofo resignado á lo inevitable ante el grito de triunfo de un pícaro, ansioso de dar en cambio una colérica repulsa por sus faltas al ser inofensivo que no supo callarse?

Veta luego la llamada casa de Dios veinte pasos más allá, y me preguntaba otra vez si ese latín de sacristía era imputable á algún hombre de iglesia. ¿Quién podía conocer suficientemente la lengua sagrada para confeccionar tan correctamente el epígrafe de referencia? ¿No había allí, en el trazado, un cierto dejo de seminario? Un hombre verdadero, hostigado por un mal vecino, había respondido golpe por golpe. Un cura debía responder con una sentencia de breviario. De esta suerte discurría yo mientras interrogaba á la piedra, sin que ella me diera respuesta alguna y sin prever, sobre todo, que una circunstancia imprevista había de facilitarme la solución del problema.

Hace algunos años que una casualidad me puso en posesión de un cuaderno de cuentas, que uno de mis amigos había recibido en herencia, y en el cual las cifras no ocupaban más de una docena de páginas. Sobre la cubierta de pergamino, estas dos palabras me sorprendieron: *malus vicinus*. Hojeando las páginas en blanco, me dí cuenta de que el cuaderno había sido comenzado por los dos costados. Las cuentas al comenzar el volumen, las notas en la parte posterior. Allí encontré informaciones y datos de naturaleza diversa, sobre nacimientos, defunciones y herencias. En primer lugar la fecha de 1811. Allí vi desfilar los nombres bien conocidos de muchas familias de Saint Juirs, después la inscripción fatídica *Malus vicinus*, seguida de una larga historia terriblemente embrollada. Era el secreto de la inscripción de la puerta que me había sido revelado. Y, como había presentido también, era cuestión de curas.

Los curas Gobert y Rousseau, naturales ambos de Saint Juirs, habían sido ordenados al salir del seminario de Luçon, allá por el año 1760. El cuaderno no da detalle alguno sobre sus respectivas familias, y yo les supongo á ambos de origen burgués. Cada uno,

naturalmente, tenía algunos bienes caldeados por el sol. Fueron íntimos amigos hasta su ordenación, lo cual acarreó su separación inevitable. El cura Gobert fué á instalarse como vicario á Viejos Pozajes, de cuyo punto pasó más tarde á las Constituyentes entre los partidarios de lo «moderno», y el cura Rousseau, fué enviado á Montagne-sur-Sèvres, en el corazón de la futura insurrección realista.

De su vida, hasta las proximidades de la Revolución, tampoco hemos podido saber nada más, sino que continuaron en buenas relaciones de amistad y que se visitaban con frecuencia. El paseo de Ponzages á Montagne, siguiendo la cresta de las colinas del Bocage, es uno de los más pintorescos de la parte Oeste de Francia, tan fecundada en hermosos paisajes. Los valles son frescos y rientes, recortados por hermosos y cristalinos riachuelos, que se deslizan serpenteando por los lechos arenosos y regando las plantaciones y bosques de hayas, de donde arrancan grandes cotos de fresca sombra: asilo inviolable de la paz y del trabajo campestre. El campesino nacía y moría allí sin que nunca hubiese sospechado nada del mundo exterior. Hace cuarenta años que aún se encontraban algunos ejemplares de este género de hombres.

En esos tiempos á que nos referimos, la evangelización del campesino—todavía embrutecido por la esclavitud feudal—por un clero cuyos jefes tenían á gala blasonar de incredulidad, se parecía muy poco á las necias monerías que hacen en nuestros días. Cuando los curas Robert y Rousseau, departiendo mano á mano, se detenían en algún sitio á propósito para descansar la siesta, después de una frugal comida, sus libres propósitos harían poner gesto feroz á la mayor parte de los seminaristas de nuestros días. Sus puntos de vista para el porvenir no se diferenciaban tal vez mucho. El ardiente liberalismo del buen cura de Ponzages, no podía ser desconocido á su vicario, y, como él, abrazó las ideas «modernas», no pudiendo substraerse al deseo de expansionarse en el corazón de un amigo.

Mientras tanto, cada día iba en aumento la marea revolucionaria. Sobre la tranquila superficie donde se desarrollaban, fuerzas desconocidas se acumulaban para la devastación en las próximas tempestades. En fin, el huracán se desencadenó y vino á devastar con sus trombas de acero y de fuego el plácido Bocage; sin dar tiempo alguno para la reflexión, cada cual fué encadenado en el conflicto de los acontecimientos antes de haberse podido reconocer. El abate Rousseau de la *Vendée blanca*, no pudo negarse á seguir á los caciques, que fueron á pedirle les acompañara á batirse por su *buen Dios*. El cura Gobert, de la *Vendée azul*, nada tuvo que objetar á los que fueron á invitarle les acompañara á hacer causa común con los que iban á defender la Francia contra la invasión de los extranjeros, y que la Revolución no simbolizaba otra cosa que la realización del Evangelio sobre la tierra, á despecho de los fariseos del antiguo régimen que, en nombre del cielo, se apropiaban de antemano de todos los privilegios de la tierra.

Las aventuras guerreras de los dos curas no constaban en el manuscrito. Solamente se menciona que el cura Rousseau formó parte del ejército que mandaba el general Stofflett, sin más explicación. Más abajo, una nota de tres líneas redactada en estilo telegráfico, nos demuestra que el cura Gobert, «siguiendo la fatal pendiente», colgó los hábitos, empuñó el fusil, y fué dejado por muerto en el asalto de Fontenay. De cómo fué salvado, tampoco se sabe nada.

El redactor del cuaderno hace un salto hasta la época del Consulado, y entonces nos enteramos de que el «restablecimiento del culto» por medio del Concordato, benefició al cura Rousseau en calidad de capellán en la parroquia de San Juirs, su pueblo natal. Tres años más tarde, Gobert, refugiado en París, donde escribía en las hojas revolucionarias,

retornaba á su pueblo, en el que iba á tomar posesión de la herencia que le había legado su tío Juan Renaud, propietario de la casa que en el porvenir había de estar adornada con la piedra que contenía la inscripción latina *Malus vicinus est grande malum*.

El destino, después de haber separado violentamente á los dos curas, después de haberles sometido á los peligros y alternativas de una guerra atroz, los volvía á reunir súbitamente, cara á cara, en el hogar común, para la interrogación desinteresada de las conciencias, las justificaciones, y tal vez las reconciliaciones antes de llegar la hora de su muerte...

Al día siguiente de su llegada al pueblo, Gobert se encontró frente á frente del cura Rousseau en la plaza de la iglesia, y se dirigió derecho á él, con los brazos abiertos, sinceramente gozoso de volverle á ver. El otro, que no había tenido tiempo de ponerse en guardia y de esquivar el encuentro, no pudo prescindir de hacer buen acogimiento á las manifestaciones de amistad de su antiguo amigo. Los dos hombres, pasado el primer ímpetu, no hacían más que hacerse rápidas preguntas, las que eran contestadas mutuamente con exquisita discreción y cuidado, evitando las palabras que pudieran herir su susceptibilidad. El cura, por fin, abrevió la entrevista, alegando que era esperado con impaciencia en la cabecera de un enfermo.

Se despidieron afectuosamente; pero días después, Gobert, encontrando al cura que pasaba, recibió á su bienvenida un glacial saludo, sin ninguna palabra de cumplido. Esto fué la ruptura.

El encuentro del ungido del Señor con el hereje que había colgado los hábitos, había sido motivo de escándalo dentro de la comunidad de los fieles; y el burgués, Pedro Gaborit, presidente del consejo de fábrica, reprendió, en pleno cabildo y con fuertes maneras, al cura que se trataba con un condenado. Era imposible que un cura que había pertenecido al ejército realista, pudiese ofrecer tal espectáculo en compañía de un agente de Satanás, de un hombre que, según decía el vulgo, había danzado la *Carmanola* al pie de la guillotina.

El cura Rousseau, desconcertado, escuchaba con la cabeza baja:

—Yo le he conocido antes—decía—que era muy bueno en el Seminario. Puede ser que no haya hecho tanto como se le atribuye. De todos modos, pienso formalmente en hacerle volver por el buen camino.

—Nadie es capaz de someter al diablo—replicó violentamente Gaborit—. Y supongo que vos, señor cura, no querréis ser motivo de escándalo.

—No, no—repuso el cura—, que se veía desde aquel momento denunciado, excomulgado, maldito.

A partir de ese día, las relaciones del cura y de su antiguo amigo, se redujeron á un cambio de saludos con el sombrero, puesto que el cura jamás tuvo el valor de rehusar su saludo al «renegado», como lo hubiera deseado Gaborit. Este había concebido el proyecto de evitar un retorno eventual á la amistad entre el hombre de Dios y el del diablo, suscitando al mismo tiempo la mayor enemistad posible entre ellos.

El cura Rousseau era propietario de la casa contigua á la de Gobert, y Gaborit la había alquilado para que se instalara en ella su hijo, que se había casado recientemente. Un muro medianero, un pozo común, los predios que se tocaban, los derechos de pasaje en sus respectivos campos, fueron el motivo de disputa de todos los días. Después de alguna resistencia, el cura Rousseau, so pretexto de que no podía tener nada de común con Satanás, se dejó convencer de que debía rehusar todos los «derechos de uso» á su «enemigo». Las reclamaciones de Gobert obtuvieron efectos contraproducentes, y los

pleitos fueron su secuela. Un cubo de cal fué arrojado dentro de su pozo. Los árboles de su huerto fueron rajados á golpes de podadera. Sus gallinas desaparecieron. Un oficio con un alguacil llegado de la gendarmería, que con antelación fué á recibir instrucciones en el presbiterio, agrió más las cosas. Mediante una moneda de plata, el criado del «maldito» dejó correr la vaca «revolucionaria» en los pastos del cura, y éste esta vez no pudo menos que denunciar el crimen desde la cátedra del Espíritu Santo. Y con este motivo hizo una historia de la Revolución completamente desfigurada.

Gobert, el cual tal vez como Talleyrand, su hermano en colgar los hábitos, habría concluído en el seno de la Iglesia si hubiese tenido la ilustración necesaria para solicitar el celo de un Dupanloup, concebía de todas sus contrariedades más admiración que cólera. Pero lo que le causó la mayor de las sorpresas fué el encontrar á la justicia injusta. Sólo la amistad perdida fue para él un dolor. Al fin concluyó por sospechar las intrigas de Gaborit y buscó muchas veces tener una entrevista personal con el cura; pero sólo encontró el silencio más obstinado y el firme propósito de no recibirle.

Fué entonces que para dirigirse, á pesar de todo, á su antiguo condiscípulo en el idioma que les era familiar á ambos, hizo grabar en el dintel de su puerta la inscripción que denunciaba á Gaborit como la causa de su común desgracia. Todos los días, saliendo del presbiterio, el cura Rousseau podía leer el llamamiento conmovedor que le recordaba sus propias faltas. Pero la «gloria de Dios» jamás le permitió responder á este llamamiento, como desde el fondo de su corazón habría deseado.

Rousseau murió primero. Con gran escándalo de todos, Gobert, el «ex comunicado», lo acompañó hasta la fosa. Desde el día siguiente dió orden de arrancar la inscripción, que ya entonces no tenía razón de ser. Los albañiles pusieron en seguida manos á la obra, y un golpe de pico mal aplicado rompió la piedra en dos. De pronto Gobert cayó enfermo de fiebre perniciosa y murió. Los albañiles suspendieron el trabajo, quedando las cosas en el estado en que se encuentran en la actualidad. Y Gobert fué llevado sin *oremus* á descansar en el cementerio, no lejos de su antiguo amigo. Son todavía vecinos, pero buenos vecinos esta vez, y por largo tiempo.

(Original de Georges Clemenceau).

Versión castellana por
P. de Etruria.

Crónicas de Arte y de Sociología.

PARÍS

El aniversario de Zola.—Movimiento teatral.—Shanen und Glauben (Contemplación y fe) y Vie ist Richard Wagner vom deutschen volke zu feiern?, por Henry Thode (¿Cómo debe de conmemorar á Wagner el pueblo germánico?). Librería Universitaria de Winter, Heidelberg.—Claudine Lamcur, por Camilo Lemonnier. Ollendorff, editor. París.

Zola, con su arte, desencarceló al individuo de su interioridad, retornándolo á la naturaleza y reconciliándolo con la colectividad. Quiso demostrarle que, por sí solo, no contenía el mundo, sino que formaba parte integrante de él, como sus semejantes. Para gozar debidamente de la vida, tenta que solidarizarse con ellos. ¿Cómo establecer el lazo de

unión? Con el triunfo del trabajo, de la bondad, de la verdad y, sobre todo, de la justicia. Zola, en sus últimos tiempos, amó con delirio al proletariado y casi se identificó con su conciencia.

Por ello se le conmemoró el día 30 de Septiembre en Medan, donde se halla su célebre quinta, y el 5 de Octubre en el cementerio de Montmartre, donde se encuentra su tumba. Allí fueron muchos de sus admiradores y casi todos sus familiares, pronunciando su panegírico el compositor Bruneau y luego la escritora Severine. A la necrópolis parisiense acudió un gran número de proletarios, quienes depositaron coronas en la tumba y consagraronle pensamientos fervorosos.

El proletariado es quien hoy más se acuerda de Zola. Sólo hay que tener en cuenta las veladas que dedica á su heroísmo y á su arte, de cuando en cuando, en las Universidades populares de París.



Apagóse ya el ardor abrasador del estío, que empujara á selectos y á ineptos á las orillas del mar ó á la sombra de los bosques. Regresan ahora unos y otros, y vuelve á sentirse en París la contagiosa vibración intelectual: la ciudad llénase de vida y de movimiento; el ambiente se satura de arte y de pensamiento. A ello contribuye la apertura de los teatros y la inauguración de los conciertos. Los editores, por su parte, lanzan al mercado los libros de sus autores.

En el Gran Palacio de los Campos Elíseos, cuyas naves centrales son inmensas y sonuosas, se ejecutaron el jueves último partituras de Mozart, de Thomas, de Tchaikowsky. Cantáronse fragmentos de la *Zorohayda*, de Svendsen, y de la *Arlesiana*, de Bizet. Nada de Wagner.

Este, mientras se aguanta el estreno del *Extranjero*, de Vicent d'Indy, se da con todo lujo de cantantes y de escenografía en la Grande Opera. Muy bien estuvo el tenor alemán del último *Lohengrin* y mostróse, como siempre, el coro de *Tannhauser*, de una admirable cohesión vocal.

En la Opera Cómica se ha repetido *Luisa*, de Charpentier, en la que éste, con música anodina, nos presenta al mundo de los estudiantes y de las costureras de París, para cantar el amor libre. Lo hace grotescamente y su obra resulta una mala *Bohème*. Un amigo mío, catalán por más señas, me decía: «Tanto renombre para semejante trivialidad: Vives, que no es conocido aquí, tiene mucho más talento que ese ladino Charpentier». Tenía razón y se la dió.

Ha regresado Antoine de su excursión teatral á España y á América. Buena entrada ha hecho en su coliseo, artísticamente. Inauguró sus funciones con los *Espectros*, de Ibsen, cuyo protagonista, Aswald, representó Antoine magistralmente, palpitando de vida. ¡La obra procuró la visión intensa de un porvenir que ya se efectúa! Al enunciarse las ideas revolucionarias del drama, el público se gozaba en ellas y no se sorprendía, como si ya formaran parte de sus costumbres. Algo hay, en verdad, de ello. Sólo la ruptura del vínculo umbilical de la familia amedrantó á algunos. Pero lo viejo—que representa Manders—chocaba siempre y muy de veras, como cosa del tiempo de Maricastaña. Antoine presentó la escena con su acostumbrada suntuosidad. De los actores rayó á gran altura, á pesar de sus bufonías, el que se encargó del papel de Engstrand, incommensurable contubernio de hipocresía y de cinismo: Shakespeare no creó caracteres más fuertes que ese.

En el teatro de Sarah Bernhardt se ha estrenado *La leyenda del corazón* (La leyenda del

corazón), de Aicard. Es un drama espeluznante, que nos remite á la Edad Media. El asunto es de historia popular: un marido que, después de sorprender la infidelidad de su esposa, le hace comer el corazón de su amante, á quien manda asesinar previamente. Luego, el final acomodaticio: el suicidio de la adúltera sobre el cadáver del amante y el castigo providencial del feroz esposo por un rey justiciero. La obra ha alcanzado regular éxito, distinguiéndose en su desempeño Mlle. Dufrêne, artista de porvenir.

* * *

Es sabido que en Alemania cunden prodigiosamente los profesores, quienes llegan á formar allí una clase numerosísima. Hoy la enseñanza en aquel país es más fecunda en el terreno utilitario que en la esfera especulativa. Los propios semanarios satíricos ridiculizan sabrosamente la ciencia, estimándola como madre de la pedantería.

Henry Thode es uno de los profesores más afamados é influyentes de Alemania. Pero, á nuestro juicio, pierde el tiempo con sus obras. Creyendo seguir la buena tradición germánica, se interna por las nebulosidades del idealismo y cumple un nuevo llamamiento á la religión. Cree que la cultura puede hermanarse con ésta opinando, así mismo, que tal es la dirección de la época presente. Se engaña el profesor. Hoy los pensadores prefieren especular sobre el mundo cognoscibles; es decir, no quieren gastar la pólvora en salvos, estudiando lo que no nos es dado conocer: lo incognoscible. Thode va también contra las tendencias actuales de su patria.

La especialidad de este crítico es la Ciencia Estética. Se ha hecho célebre por sus estudios sobre San Francisco de Asís (de quien habla brillantemente Anatolio France en *El lirio rojo*) y sobre Miguel Angel. En su *Schonen und Glauber*, cree Thode que el espíritu germánico se dirige, por medio del arte, á la religión aliada y á la cultura, según ha advertido él en la Poesía y en la Melodía decadentes. Cree que de ese modo se llegará á la libertad del arte. ¡Hay para asombrarse! Preconiza el fetichismo de Beethoven, de Goethe, de Wagner, que representan una época de cultura, para verterlos en la nueva religión. ¡Buenos estamos!

Wie ist Richard Wagner vom deutschem volke zu feiern? es el elocuente discurso que Thode pronunció en 13 de Febrero en la Filarmónica de Berlín. Su entusiasmo por Wagner llega aquí al delirio. Se ocupa en la tragedia griega y nos informa sobre las formas de arte de los tiempos primitivos y su penetración en la existencia de los pueblos. Las sucesivas relaciones de aquél engendraron la forma de arte perfecta de Wagner. ¿Cómo debe de conmemorarse el pueblo germánico? Mediante el siguiente programa, cuya realización debe durar varios días: Ejecución de los *Maestros Cantores*, de Wagner; de la *Ifigenia*, de Glück; de *La flauta encantada*, de Mozart; *Der Freischütz*, de Weber.—Representación teatral de: *Minna von Barnhelm*, de Lessig; *La doncella de Orleans*, de Schiller; *El príncipe de Hamburgo*, de Kleist.—Representación popular de las *Bufonadas*, de Hans Sachs. Conciertos: una obra de Bach en la iglesia; un cuarteto de Haydn, como música de cámara; un concierto de orquesta, con la *Marcha americana*, de Wagner; una Sinfonía de Beethoven; la overtura del *Fausto*, de Wagner; el *Siegfried-Idyll*, de Wagner.

En opinión de Thode, los países extranjeros, con las obras que de ellos Wagner aprendió en vida, deberían de tomar parte en los festejos. De Francia se ejecutarían *Los aguadores*, de Cherubini; *José*, de Méhul, y *La Dama Blanca*, de Boieldieu.

Habría, además, que representar una obra de Shakespeare y otra de Calderón. De Italia, se ejecutaría música religiosa, como la del papa Marcelo. De Rusia, coros religiosos, y de Holanda, Suecia y Dinamarca, cantos y danzas populares.

Para el día de la inauguración, propone Thode la *Marcha triunfal*, de Wagner; el preludio del *Lohengrin* y la *Salutación de los fieles*.

Abigarrado es el programa y no desdice, en verdad, de la cultura desordenada de Thode.



Camilo Lemonnier, el fecundo novelista belga, compuso su *Claudine Lamour* antes de que Santhier-Villars, cocinero de lujuria, diera á la estampa sus tres. Nada tiene que ver la obra de Lemonnier con éstas.

Todo es, en ella, salud, al paso que en las obras de Wally sólo campea el libertinaje más licencioso. Son éstas tanto más perniciosas, cuanto que están confeccionadas con mucha habilidad. El estilo ofrece las mayores audacias y las mayores sutilezas de forma y de color. Es arte de mala ley.

Claudina Lamour, la de Lemonnier, es una cantante de café concierto. Siente verdadero culto por su arte y se mantiene casta en su ejercicio. Es el carácter vivaz y nervioso de una mujer que, sin embargo, se posee á sí misma. Su *devirginación*, como la otra Claudina de la escuela, es sólo cerebral. Pero ni marqueses, ni banqueros, ni artistas logran corromper su honradez. Sólo, cuando ha triunfado, cuando se ha hecho célebre, se entrega á un estudiantillo que la ama y la escribe desde hace años, por haber llegado un día á batirse por ella, á raíz de una disputa sobre su arte en un teatro.

Tal es el argumento. En él florecen múltiples episodios de vida real. En *Claudine Lamour* nótase el poder de evocación y la fuerza de observación de su autor. Es una de las obras más informadoras sobre la vida de bastidores de París. Además del carácter expansivo de Claudine, existe el del hermético Rosarés, español, cuya alma teatral refleja Lemonnier con maestría.

J. Pérez Jorba.

Octubre 1903.

LA ETICA Y LA REVOLUCION SOCIAL

III

Propiamente hablando no ha habido organización social ni una institución fija en las costumbres y en las leyes que no haya tenido su expresión en la ética individual del hombre.

Hay entre ella un lazo tan esencial que á tenor de los preceptos morales, individualmente profesado por los hombres, como impulso interno de su conducta personal, se puede siempre reconocer el carácter de las instituciones sociales, en el medio de las que ellas viven.

El Código de las leyes no hace más que repetir lo que el hombre ve en su conciencia como deberes, con esta sola diferencia: que en el primer caso, es la policía la que toma el carácter de la «razón suficiente»; y en el segundo, es el imperativo de origen teológico. Así vemos el matrimonio, como institución social garantizada por prescripciones jurídicas, y el matrimonio, como acto de la ética individual con todos sus vicios y virtudes sus escrúpulos de conciencia y sus leyes de «honor». Vemos la institución de la propie-

dad, cuyo funcionamiento comprende diversas organizaciones burocráticas, las notarias, los tribunales y las cárceles y la propiedad como ética, que vive en el corazón del hombre y que dirige su conducta determinando los límites entre el robo y la explotación y entre una manera honrosa ó deshonrosa de adquirir fortuna. La moral individual ordena el castigo del culpable, condena la ociosidad, la prodigalidad, la insolvencia; como el código jurídico, prescribe también penas para los delitos, persigue los vagabundos y resguarda los intereses de acreedores y propietarios.

En resumen; estas mismas necesidades que socialmente se organizan en diferentes instituciones y leyes, manifiéstanse individualmente en forma de conciencia humana, tomando el aspecto de los preceptos de la ética.

El indio de las tribus quiroquesas deja la casa abierta á todo pasajero necesitado de descanso y de alimento; «los cuidados, dice el jesuita Carlos Voix, con que los pieles rojas rodean á viudas, huérfanos y débiles; la hospitalidad que practican de un modo tan encantador, no son para ellos más que el resultado de la convicción que tienen de que todo ha de ser común entre los hombres».

Los Buskanan, después de haber matado la caza la reparten entre sus camaradas, reservándose la menor parte. Los Fidjienses, en tiempo de hambre, cuando buscando de comer encuentran una ballena, no la arponean antes de haber comunicado la noticia del hallazgo á todos sus camaradas. La comunidad aparece aquí no solamente en las instituciones de las gentes en forma de propiedad y de trabajos colectivos necesarios para conservar la vida de los individuos, sino que al mismo tiempo es un precepto moral, la voz del deber, y se arraiga tan profundamente en el alma humana, que se conserva en ciertas prácticas aun cuando haya desaparecido económicamente, cediendo el puesto á la propiedad y á la producción individuales.

El miembro de la sociedad burguesa tiene una ética diferente; tanto como la organización social difiere de las clases bárbaras. La moral que profesa, de ningún modo le manda partir lo que posee con cualquiera otro; su conciencia no se conmueve á la vista del primer recién llegado que le pide hospitalidad, rehusándole el socorro ó invocando los bandos de policía contra los vagabundos; está de acuerdo, no solamente con las leyes actuales, sino también con su propia conciencia y con la ética de que está impregnada su alma desde la infancia.

Así, pues, si consideramos una organización social como un problema únicamente económico y jurídico, este modo de considerarla es completamente arbitrario y artificial.

Porque, en la realidad, una organización social vive, no en el mundo burocrático de fórmulas, de códigos y de reglas administrativas; no en la técnica abstracta de la producción, sino en el mundo humano, en que cada género de conducta y de relaciones recíprocas tiene sus causas—en las necesidades y sus fundamentos—en la ideología, por donde toda institución que corresponda á cierto aspecto de la vida, debe necesariamente ligarse á alguna parte de su alma y tener su representación moral.

Los teóricos del socialismo conocen perfectamente este enlace entre una organización social y el tipo moral del hombre, y no se figuran tan fácilmente que en el comunismo del porvenir el tipo burgués del cerebro humano se conservará tal como es hoy en día; suponen, sin embargo,—no sé por qué razón—, que esta transformación moral aparecerá como *resultado* de la acción secular que esta nueva organización social ejercerá en los hombres.

No obstante, se impone la pregunta: ¿en qué se basará esta nueva organización, dado

que las necesidades de los hombres, lo mismo que su organización de la vida, permanecen las mismas? ¿Por qué medio esta organización podría abarcar toda la vida humana y ser su expresión social, si en sus factores esenciales, es decir, en las tendencias é intereses individuales, sigue impregnada del mismo espíritu de propiedad, de competencia y de explotación que antes? La necesidad de suprimir la miseria y la tendencia al bienestar, no pueden ser razón suficiente para la introducción del comunismo, en tanto que motores interiores del hombre han existido, sin duda, desde la aparición de la humanidad; y sin embargo, á pesar de esto, la vida social adoptó las formas más diversas, al propio tiempo que la ética expresaba los tipos morales más diferentes, por este lado un comunista no puede diferenciarse de un burgués; ambos á dos han de evitar igualmente el hambre y buscar todas las ventajas del bienestar vital que les puede proporcionar la civilización en que viven.

La diferencia entre estos dos tipos de hombres es otra, y señaladamente en que *para el burgués el bienestar vital está determinado por la propiedad y la explotación, mientras que para el comunista lo está por la comunidad.* Es decir, que en ambos casos aparece en otras *categorías morales* ó en diferentes formas de relaciones sociales. Por esto es que á igual tendencia civilizadora á aumentar el número de riquezas sociales en las clases burguesas y en el proletariado, deben corresponder distintas tendencias morales en el seno del comunismo (y únicamente bajo el influjo de esta diferencia puede cambiar la dirección de la historia).

Así, pues, si decimos que la transformación social ha de hacerse por la presión de los intereses del proletariado, no debemos olvidar que su interés de clase, históricamente revolucionario, no es el de obtener el bienestar en general, condición propia á todas las clases y á todos los hombres, sino más bien el interés de comunidad, único que en las condiciones actuales de técnica productiva puede asegurar la emancipación social de la clase y la emancipación individual del hombre.

Por esta razón es por lo que se trata aquí de la aparición de un nuevo interés que el comunismo no se deja considerar como un problema burocrático capaz de resolverse con los *mismos* hombres, sino que debe considerarse como un hecho antes de la moral práctica, y que no puede desenvolverse social y políticamente, sino á tenor de una revolución moral correspondiente.

Queda, sin embargo, la cuestión más importante. ¿De qué manera el nuevo interés comunista puede desarrollarse en el medio social actual, y cuáles son los factores espontáneos ligados con condiciones económicas favorables á este desenvolvimiento? Porque es claro que la propaganda de la nueva moral no puede encontrar terreno apto á su desarrollo, sino cuando las mismas condiciones vitales, por su fuerza espontánea, introduzcan los elementos en los cerebros humanos. El poder de la creación ideal y de la acción final, por enorme que ésta sea, no puede crear nuevas corrientes populares; todo lo más no podrá sino desenvolver los gérmenes que se produzcan por la influencia del proceso elemental de la historia.

Si, pues, el comunismo constituye realmente tal como lo suponemos la marcha histórica del proletariado y que debe realizarse por él, en este caso las condiciones mismas de la vida de esta clase han de contener el germen inconsciente de esta fuerza, que algún día se manifestará en forma de nueva organización social. Esto será descubrir la verdadera «palabra mágica» para la propaganda socialista.

Entre todos los factores de la vida cultivados en la atmósfera del capitalismo actual, hay uno solo que es el germen de esta revolución espontánea, el más propio, la clase obre-

ra, y el que se opone mayormente á las bases de la sociedad actual, es la *solidaridad*, consistente en la identificación de mi interés y de mi bienestar vital con el interés y el bienestar ajenos.

Comparando los tipos sucesivos de la producción desde la familia que produce para sí misma, hasta las fábricas, las máquinas y la reunión de estas fábricas en barriadas modernas, vemos el incesante progreso de esta solidaridad vital del nuevo tipo.

La antigua unidad económica, la familia produciendo por su propia cuenta y pudiendo satisfacer todas sus necesidades de una manera independiente, está completamente aislada del resto de los hombres en sus negocios de la vida cotidiana; su bienestar no depende para nada de las condiciones en que viven otras familias; los dominios respectivos de sus intereses son opuestos diametralmente. Con la economía de los cambios, este aislamiento de intereses reviste la forma de competencia y de lucha económica; el artesano prueba á defenderse contra ella por medio de los gremios, primer elemento de la solidaridad de intereses que, con el tiempo, se ha transformado en monopolio.

Por lo demás, todos los tipos de la pequeña producción y propiedad—labradores, tenderos y artesanos—no se encuentran entre ellos en relaciones económicas, sino en tanto que todos concurren á un mismo mercado, y mientras que no participan en el proceso del intercambio, permanecen independientes los unos de los otros. Por esto el self-help (ayuda mutua) ha llegado á ser el principio moral de la pequeña burguesía y de los campesinos propietarios.

Únicamente desde la aparición de la fábrica y de los obreros asalariados aparecen condiciones que hacen de la solidaridad un elemento indispensable para la vida.

En un grupo de hombres que sufren la misma explotación, los intereses de los individuos entran en una dependencia recíproca, formando un solo interés colectivo; el origen de mi miseria ó de mi bienestar es el mismo para todos mis compañeros de trabajo, y yo no puedo beneficiarme de cosa que ellos no puedan también beneficiarse; he de perder si los demás pierden. De esta suerte, á cada conflicto entre el trabajo asalariado y la explotación, ha de brotar en la conciencia de los obreros el principio de la solidaridad, de la ayuda mutua, como único factor de lucha á su alcance y único medio de defensa contra la explotación.

Semejante principio se propaga abarcando grupos de proletariados cada vez mayores, á medida que las empresas capitalistas se compenetran en el mercado universal y en el desenvolvimiento de la técnica de la producción. La baja de los salarios en las fábricas competidoras, la explotación del trabajo de niños y mujeres, amenazando reemplazar por su trabajo la fuerza masculina mejor retribuida; la falta de resistencia de parte de los obreros llegados del campo y la facilidad con que se someten á las peores condiciones de alquiler, todo esto interesa personalmente á los obreros que trabajan en una empresa y ejerce una influencia directa en las condiciones de su existencia, por más que todo esto se verifique fuera de los límites de su propia explotación.

De igual modo la superabundancia de la fuerza obrera en el mercado y la duración de la jornada de trabajo en otras empresas, que contribuye á esta superabundancia, interesa á los obreros que trabajan en mejores condiciones, tanto ó más cuanto la producción mecánica establece la igualdad entre los asalariados, desdeñando el aprendizaje provisional y haciendo á todo el mundo capaz de las diferentes operaciones de la producción.

Con la aparición de las barriadas y de empresas que concentran bajo la dominación de un mismo capital las diferentes fases de la producción, desde la extracción de materias primas hasta el comercio al por menor, la solidaridad vital de los asalariados se

agranda más y más, porque entonces los intereses de los obreros del campo, de las fábricas, de ferrocarriles y de almacenes, se aproximan y se coaligan, oponiéndose directamente á una sola organización capitalista.

Así, pues, el bienestar personal del obrero está ligado siempre estrechamente por *vínculos económicos* á las condiciones de existencia de sus camaradas, y por consiguiente, toda tendencia de su parte á mejorar su situación se transforma necesaria é inconscientemente de *socorro mutuo*.

Esto, que entre todos los fenómenos morales del capitalismo da una labor especial á este interés, es lo que está en contradicción radical con la concepción reinante de la vida, y se destaca en el fondo del medio social en que ha aparecido como un anacronismo que niega por su naturaleza toda la moral establecida y todos los principios fundamentales de la organización actual: la competencia, la propiedad individual, el aislamiento en la lucha por la existencia y la explotación.

La tendencia innata en el hombre de asegurar su propio bienestar, tendencia que en la organización actual de las relaciones entre los hombres pide ante todo egoísmo y habilidad en explotar los individuos más débiles, desde el punto de vista social dejan este único caso sus antiguos aliados morales, vuélvese infiel á la concepción establecida de la vida, como una cuestión exclusivamente egoísta, y pone en primer término la necesidad de la comunidad, de la solidaridad cuando se trata de perjuicios hechos á otros, mostrando la vida humana en este nuevo día, con extraño aspecto para todas las miradas acostumbradas á la moda burguesa de la busca de la felicidad.

Claro está que la aparición de este factor en la sociedad capitalista que vive de elementos completamente antagónicos, ha de ser tímida; véase obligada á adoptar la máscara de las antiguas usanzas y á amoldarse á la moral, ocultándose en conciencia humana tras el velo de sus doctrinas despóticas; no tiene fuerza bastante para oponerse cara á cara ni á los ídolos de la sociedad ni á sus reglas de conducta.

Así sucede que, abandonada á sí misma, es factor de la solidaridad; no aparece sino como un medio *temporal* de la lucha por el interés personal, y, por consiguiente, en su dependencia del fin que persigue no puede desarrollarse moralmente y dominar los espíritus. Limitada á un solo aspecto, al de las huelgas, en que se trata de obtener un salario mayor, una disminución de la jornada de trabajo ó de parecidas concesiones de parte de los patronos, se debilita bajo la influencia de estas diversas condiciones económicas y políticas que hacen la huelga difícil ó no la permiten al causar el propósito deseado; se debilita también en el caso en que logra su fin por otro camino que el de la huelga, por ejemplo, por reformas introducidas por el Estado ó por concesiones voluntarias hechas hábilmente por los contratistas.

En general, el principio de la solidaridad juega aquí un papel muy modesto, limitándose sólo á ciertos momentos de la vida de los obreros, es decir, á los períodos de huelga, desapareciendo con el fin de ésta ó cuando el interés personal no obliga á esta forma de lucha.

Sin embargo, en otros casos y en los centros obreros donde la conciencia de clases ha tomado un alto grado de desarrollo, llegando á ser moralmente más independiente de las doctrinas burguesas, vemos fenómenos colectivos en que el principio de la solidaridad se manifiesta espontáneamente, á manera de consigna de lucha ó de otros esfuerzos colectivos, sin estar necesariamente ligada á ventajas personales de los combatientes.

Son hechos como las huelgas organizadas para reclamar contra los agravios hechos á

unos cuantos obreros (por ejemplo, la célebre huelga de mineros en Francia en 1894 a causa del despido de algunos centenares de viejos mineros por incapaces para el trabajo); las huelgas para sostener la lucha de obreros de otra profesión (por ejemplo, la huelga de trabajadores de construcciones para la exposición de París 1888), ó bien las colectas hechas en provecho de la huelga verificada en otra empresa, en otro país y provincia y aun en otra parte del mundo. En tales casos la solidaridad llega á ser totalmente independiente del interés personal, sale de su rango de medio temporal para obtener ciertas ventajas y manifiéstase bastante fuerte para ser la causa impulsora de la conducta de los hombres.

Pues bien; justamente en esta solidaridad se encuentra el elemento natural de toda la *ética del comunismo*, elemento desarrollado por las condiciones económicas y que penetra como una fuerza espontánea en los cerebros obreros como signo característico y de clase. Al mismo tiempo es el único camino por el cual el comunismo puede entrar en la vida humana recobrando su aspecto real y vital de la ética individual, del asunto de todos los tiempos.

Aquí se abre para el partido un inmenso campo de acción todavía sin explotar, para realizar una verdadera revolución de los espíritus no solamente intelectual y basada en fórmulas de opiniones, sino también práctica y vital, llegando á la medula misma del alma humana su íntimo ser moral, su *conciencia* que destina y su conducta y sus ideas en la vida y en el ideal.

El desenvolvimiento consciente de la solidaridad consistiría, ante todo, en que ella pueda manifestarse libremente en todos sus aspectos, y que saliendo de su condición de medio temporal de lucha por el interés personal, *se extienda sobre el resto de la vida en forma de socorro mutuo de los oprimidos*, misión, como se ve, que no puede cumplirse sino por medio de la propaganda actuando en este sentido. Está fuera de duda que este género de propaganda tiene todas las probabilidades de prosperar, porque el factor de la solidaridad es espontáneo en el proletariado; y por consiguiente, puede propagarse con el mismo éxito y con la misma inextinguible vitalidad, como, por ejemplo, el antagonismo de clases que absorbe hoy día casi todas las fuerzas de propaganda.

Lo mismo que al presente, la demostración de las contradicciones que existen contra los intereses de clases extiende enormemente sus límites y encuentra á cada paso su aplicación práctica, dando otra dirección á diferentes asuntos, de igual modo en la propaganda de la solidaridad este factor, aumentando su goce, llegaría á ser la conciencia de la clase, abarcaría uno á uno todos los dominios de las relaciones humanas, y crearía en la clase obrera un nuevo género de vida, basado en el socorro mutuo y en la comunidad.

Es fácil de prever que esta revolución en las costumbres impregnaría espontánea y simultáneamente los cerebros humanos de una moral nueva, de aquella singularmente que sin preocuparse de dogmas teológicos se rebela é indisciplina eternamente contra todas las leyes de propiedad y de policía, es decir, de la *moral de la fraternidad*.

Suponiendo que haya ésta llegado á ser el espíritu de cuerpo del proletariado y que su dominación fuese bastante fuerte para constituir la conciencia innata del hombre, la obra de la revolución moral llegaría á realizarse y la transformación de la organización en una organización comunista resultaría espontáneamente en el primer conflicto entre la burguesía y el proletariado como entre dos diferentes mundos morales. Porque entre la organización comunista y la moral de la fraternidad hay una trabazón tan íntima y natural, que aun cuando las condiciones sociales no obren en el seno de esta organización,

vemos el idea del comunismo y sus principios fundamentales surgir espontáneamente en los espíritus, siempre que esta moral se haya desarrollado en las conciencias.

Así lo vemos, por ejemplo, entre los cristianos primitivos, quienes en tanto que profesaron la religión de la fraternidad, no admitieron ni propiedad privada ni estado; vivieron en agrupaciones y se gobernaron por decisiones de asambleas; cosa igual á la que vemos en ciertas sectas contemporáneas como las de los Doukhobortais y otras.

Habría que asombrarse que las concesiones socialistas para la comunidad de posesión y el *antiestadismo*, que como postulados sociales resultan solamente de los últimos grados del desenvolvimiento del proceso capitalista, apareciesen en medios sociales detenidos en su desarrollo y sin ninguna concesión con los conflictos morales que rodean al hombre contemporáneo; este hecho se explica como un fenómeno desde el punto de vista *individual*, si nos fijamos en que el ideal ético de la fraternidad puede, independientemente de la época y del medio, apoderarse de ciertos espíritus y buscando sus aplicaciones á los diferentes asuntos de la vida, debe nada más que por la fuerza de intuición y pasando por alto las complejidades del razonamiento, adoptar las mismas concepciones que las propuestas por la teoría del socialismo.

La ética de la fraternidad tiene un solo dogma, el respeto absoluto del individuo, y un solo principio de la concepción de la vida, como de un interés de la comunidad en la que el individuo encuentre el verdadero sentido de la vida y la verdadera felicidad apetecida.

De ahí resulta una revolución total de ideas y de relaciones humanas; á la propiedad se opone el comunismo, «todo para todos»; «al deber del trabajo con el sudor de la frente», el máximo de placer como condición de libre desenvolvimiento y del goce humano; al estado se opone la autonomía del individuo, en la moral de acción todas las virtudes se reducen al placer colectivo, y todos los pecados al mal que se causa al prójimo; fuera de esto, que cada uno haga lo que le plazca.

De todas las concepciones religiosas sólo queda una, *la de Dios en el hombre*, y este único dogma antiteológico del *respeto del ser humano*, determina todos los deberes y todos los principios del mundo comunista.

Si, pues, la organización social del porvenir, la obra esperada del proletariado pone su busca individual (y la debe tener como toda otra organización), no podrá ser otra cosa que la moral de la fraternidad. Si existe un camino para introducir el comunismo en la vida humana, haciendo de él una cosa real y viva, tampoco puede ser otro que el camino de la solidaridad obrera, desenvolviéndose espontáneamente por la acción de condiciones económicas como elemento de clases de esta misma moral de la fraternidad.

En mi opinión, ahí se encuentra el centro de la verdadera revolución.

Faltaría todavía señalar, aunque fuera en líneas generales, cómo la propaganda podría sembrar en las masas obreras, no solamente nuevas opiniones generales y teóricas, si que también la nueva conciencia moral revolucionaria, el comunismo práctico.

3.-R. Walczewski.

(Concluid.)

LA REVISTA BLANCA

SE PUBLICA LOS DÍAS 1.º Y 15 DE CADA MES

Preios de suscripción... } Un año..... 5,00 ptas.
Un trimestre..... 1,50 —

Número suelto, **25** céntimos,

CON 25 POR 100 DE DESCUENTO A LOS CORRESPONSALES

ADMINISTRACION

Cristóbal Bordiu, núm. 1. MADRID

TIERRA Y LIBERTAD

DIARIO ANTIPOLITICO

Número suelto, **5** céntimos.

Paquete de 25 ejemplares, **0,75** pesetas.

REDACCION

Cristóbal Bordiu, núm. 1. MADRID